la conquista del ESPACIO

BOLSILIBROS BRUGUERA

EL PLANETA FANTASMA

Joseph Berna

CIENCIA FICCION



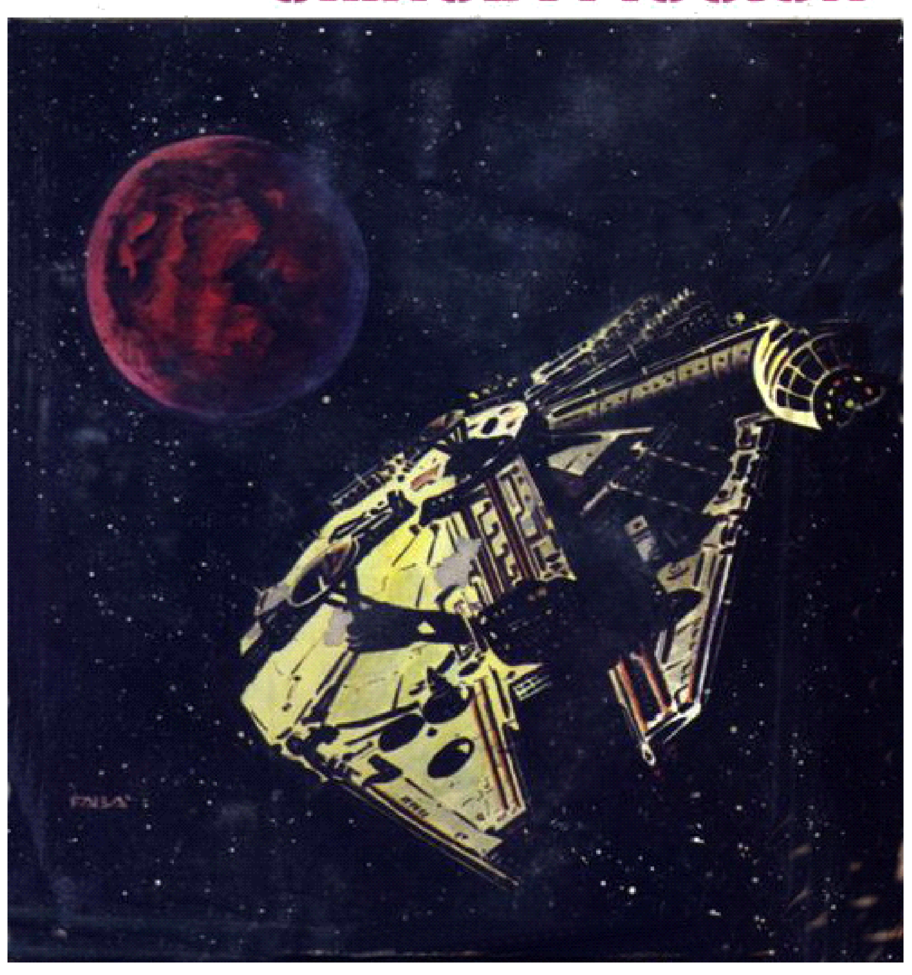
BOLSILIBROS BRUGUERA

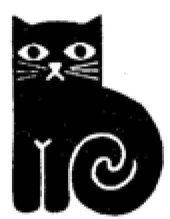
la conquista del ESPACIO

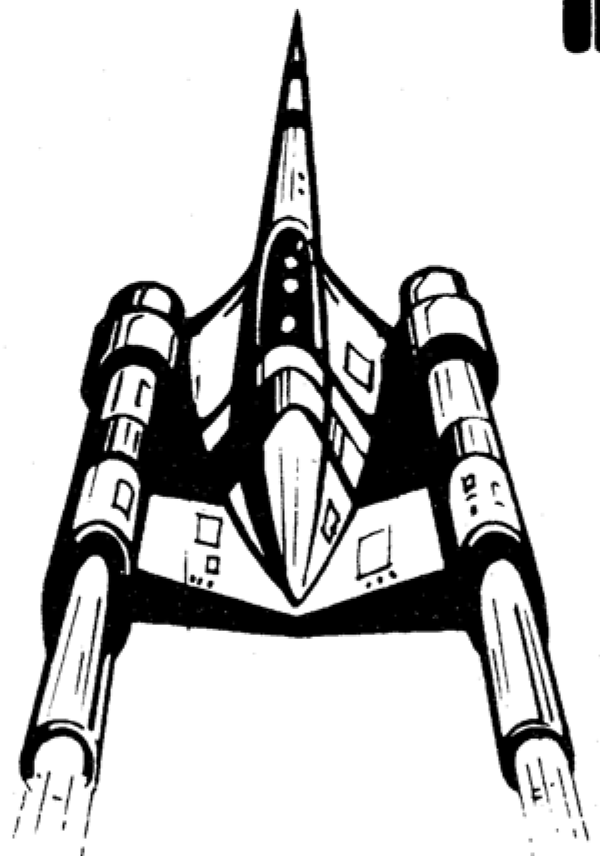
EL PLANETA FANTASMA

Joseph Berna

CIENCIA FICCION







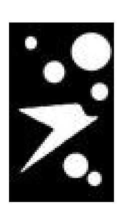
La conquista del ESPACIO

JOSEPH BERNA

EL PLANETA FANTASMA

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 459

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTA - BUENOS AIRES – CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal B 9.701 - 1979

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición: mayo 1979

de**EDITORIAL BRUGUERA, S. A**.

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

454— *Los enemigos del Sol,* Joseph Berna.

455— *Caos sin futuro,* Ralph Barby.

456— *Una guerra en el siglo xxx,* Glenn Parrish.

457— *¿Hombres o dioses?,* Clark Carrados.

458— *Meteoritos invasores,* Ralph Barby.

CAPITULOPRIMERO

Chris Lowell, segundo de a bordo de la*Vulcano,* una de las más poderosas astronaves terrestres, llamó al camarote de Stuart Kuter, comandante de la *Vulcano.*

La puerta se abrió silenciosamente y Lowell, un tipo alto y espigado, que respiraba vitalidad por cada uno de sus poros, pudo entrar en el camarote.

Tenía veintiocho años de edad, el pelo rubio y un rostro simpático, del cual raramente desaparecía la sonrisa.

Stuart Kuter se hallaba sentado en su sillón, al otro lado de la mesa escritorio, realizando unas anotaciones en el voluminoso diario de navegación.

Era un hombre recto, muy ancho de hombros, pelo negro, 'facciones enérgicas. Contaba treinta y un años de edad, y aquel era su primer viaje a bordo de la*Vulcano.*

Anteriormente había comandado astronaves más pequeñas, con tanta eficacia, que ello le había valido el ser destinado a una astronave de dimensiones tan colosales como la *Vulcano,* cuya tripulación estaba compuesta por treinta y seis miembros, doce de ellos, mujeres.

Sin levantar la vista del diario de navegación, donde seguía escribiendo cosas, Kuter preguntó:

—¿Ocurre algo, Chris?

—Estamos a punto de alcanzar el área de peligro, comandante — informó Lowell.

Kuter interrumpió las anotaciones y alzó los ojos.

—¿Cuánto falta?

—Unos quince minutos, señor.

—¿Está todo el mundo en su puesto?

—Sí, señor.

—Vuelva al puente de mando, Chris. Yo iré en seguida.

—A la orden, señor.

Chris Lowell abandonó el camarote de su superior, cuya puerta abrió éste accionando un mando de control remoto.

Stuart Kuter permaneció unos segundos pensativo.

El área de peligro…

¿Qué diablos ocurría en aquel lugar del Cosmos?

La astronave *Júpiter* desapareció misteriosamente al poco de haberse adentrado en él, y nada se había vuelto a saber de ella ni de los miembros de su tripulación.

La *Neptuno,* una astronave de características similares a la*Vulcano,* salió en su busca…, y siguió la misma suerte.

Se mantuvo en contacto con la Tierra hasta pocos minutos después de haberse adentrado en lo que, desde la desaparición de la astronave *Júpiter,* había pasado a denominarse «área de peligro».

Luego, silencio absoluto.

Ya no hubo forma de establecer comunicación con la*Neptuno.*

Parecía habérsela tragado el espacio infinito, como a la*Júpiter.*

En el seno de la Confederación Terrestre se discutió durante horas la decisión de enviar a la*Vulcano* en busca de las dos astronaves tan extrañamente desaparecidas.

Para algunos de sus miembros, era una misión suicida,pues estaban convencidos de que la*Vulcano* desaparecería también.

Para otros, en cambio, no había más remedio que correr ese riesgo.

Se tenía que desentrañar aquel misterio.

Averiguar la causa de la desaparición de la*Júpiter* y la *Neptuno.*

Ayudar a sus respectivas tripulaciones, si sus miembros aún estaban vivos.

Fueron mayoría los que votaron por esto último, y la *Vulcano* partió rumbo a aquella peligrosa zona del espacio sideral, comandada por Stuart Kuter.

El hombre ideal para tan peliaguda misión, en opinión de casi todos.

Joven, pero no inexperto.

Valiente, pero no insensato.

Duro, pero noble.

Stuart Kuter no tuvo ningún inconveniente en aceptar la misión, cuando se le comunicó que había sido designado para comandar la*Vulcano,* aunque era plenamente consciente del riesgo que entrañaba.

Tampoco entre los miembros de la tripulación hubo deserciones.

Tenían plena confianza en Stuart Kuter, de quien había oído hablar mucho y bueno, y les encantaba estar a sus órdenes.

Así se lo había expresado Chris Lowell, en presencia de todos, cuando Stuart Kuter subió a la astronave.

Kuter dio las gracias a todos por tan cordial recibimiento y prometió que haría loimposible para que la*Vulcano* lograse su objetivo y regresase felizmente a la Tierra.

Y Stuart Kuter siempre cumplía sus promesas, todo el mundo lo sabía.

De cualquier modo, había llegado el momento de la verdad.

De coger el toro por los cuernos..., o dejarse embestir y destrozar por él.

Stuart Kuter era de los que optaban por lo primero, así que se levantó del sillón, se colocó el cinto, del que pendía una funda con una pistola de rayos láser, y salió del camarote, dirigiéndose al puente de mando.

Al pasar por delante de la enfermería, la puerta se abrió y alguien salió precipitadamente de ella, chocando contra él.

Stuart Kuter, 1,90 de estatura y ochenta y nueve kilos de peso, resistió perfectamente la embestida.

Tamara Vlasova, la chica que había chocado con él, medía veinte centímetros menos y pesaba sólo cincuenta y seis kilos, por lo que se

vino abajo espectacularmente, dando un gritito.

Un silbido, estuvo a punto de dar Stuart Kuter.

Y no de sorpresa, sino de admiración.

Sí, porque Tamara Vlasova, de origen ruso, cabello largo y muy rubio, precioso, quedó con las piernas en alto.

Yvaya piernas… De concurso.

Yno sólo mostraba sus maravillosas extremidades inferiores, sino lo que viene después, según se sube, escasamentecubierto por el breve y brillante pantaloncito.

Pese a que la visión era sumamente tentadora, Stuart Kuter se olvidó de lo que veía y se apresuró a levantar a Tamara Vlasova, que se había quedado paralizada.

—¿Se ha hecho daño, Tamara?

—Nomucho,señor—sonriónerviosamentelajoven.

—El encontronazo ha sido muy violento.

—Sí, es cierto.

—Lo siento, Tamara.

—Oh, no se preocupe, comandante. La culpa ha sido mía, por salir atolondradamente de la enfermería.

—Lamento no haber podido sujetarla. Cuando quise darme cuenta, ya se hallaba usted en el suelo.

—Patas arriba, para mayor vergüenza.

Stuart Kuter carraspeó.

—Si le duele algo, entre de nuevo en la enfermería y dígaselo al doctor Richter —aconsejó.

—Sólo me duele el estómago, y no es del encontronazo —repuso la muchacha.

—¿De qué es, entonces?

—El miedo, que debe haberme hecho varios nudos en las tripas.

—¿Miedo... a entrar en el área de peligro? —adivinó Kuter.

Tamara Vlasova bajó la cabeza.

—Así es, señor. Me había jurado a mí misma que no lo sentiría, pero ahora que ya estamos tan cerca...

Stuart Kuter sonrió suavemente.

—Todos sentimos un poco de miedo, Tamara.

La joven levantó la cabeza.

—¿Lo dice para consolarme, señor?

—No, puede creerme. Es normal sentir miedo cuando se va a hacer frente a un peligro desconocido. Pero hay que saber dominarlo.

—Ahí es donde yo fallo.

—No lo creo, Tamara. Usted es una muchacha valiente, acaba de demostrarlo.

—Por favor, no se burle, comandante Kuter.

—¿Quién le ha dicho que me burlo?

—Como los valientes, se caen de culo, y yo me he caído así...

Stuart Kuter rio.

—Por Dios, que yo no me refería a su forma de caerse, sino a que no se ha quejado en absoluto, a pesar del batacazo que se ha dado. Si fuera usted una chica cobarde, se hubiera puesto a lloriquear y a decir que le duelen las posaderas.

—No lo he dicho, pero me duelen... —murmuró Tamara, masajeándose las nalgas. —Eso confirma mis palabras.

Tamara Vlasova sonrió tímidamente.

—Gracias por darme ánimos, comandante Kuter.

—¿Le sigue doliendo el estómago?

—Ya no, es curioso...

—Ha dominado su miedo, eso es todo.

—Gracias a usted, señor.

—Acudamos al puente. De un momento a otro nos adentraremos en el área de peligro.

—Sí, señor.

Stuart Kuter y Tamara Vlasova echaron a andar.

El comandante de la*Vulcano* vestía un traje espacial, tan ajustado, que cada músculo de su fornido cuerpo quedaba perfectamente señalado.

Tamara Vlasova vestía como todas las mujeres de la tripulación: uniforme amarillo, graciosamente corto, ancho cinturón plateado, y altas botas doradas.

También ella llevaba una pistola de rayos láser, enfundada.

Mientras caminaban por el corredor, Stuart Kuter la observó con mayor detenimiento.

No se había fijado demasiado en las mujeres de la tripulación, pero Tamara Vlasova era, sin duda, la más hermosa de todas.

Ojos grandes, de pupilas azules; pómulos altos y redondos; labios carnosos y brillantes; pechos erguidos, con el volumen preciso; delgada cintura; amplias caderas…

Un prodigio de belleza, en suma.

Y no debía de tener más de veintidós o veintitrés años.

Tamara Vlasova se dio cuenta de que Stuart Kuter la estaba estudiando detenidamente de pies a cabeza y se puso un poco nerviosa.

Alcanzaron el puente de mando.

Tamara ocupó rápidamente su puesto.

Kuter se acercó a Chris Lowell.

—¿Cuánto falta, Chris? —preguntó.

—Dosminutosjustos,señor—respondiósusegundo.

—¿Estamos en contacto con la Tierra?

—Permanentemente, señor.

—Bien.

Stuart Kuter hablaba con los ojos fijos en el amplio mirador del puente.

Muy sereno.

Sabía que los miembros de su tripulación le estaban observando, con más o menos disimulo, y la serenidad, como el miedo, resulta contagiosa.

La tensión, de todos modos, era evidente.

—Un minuto, señor —dijo Lowell, mirando el reloj digital del puente, que también señalaba el día, el mes y el año.

La voz del segundo de a bordo sonó hueca, extraña, debido al profundo silencio que reinaba en la espaciosa cabina de mandos.

Los miembros de la tripulación contuvieron el aliento.

Y no contuvieron los latidos de sus corazones porque no era posible.

La tensión había alcanzado ya su punto máximo.

Unos segundos más, y estarían en aquella peligrosa zona del espacio.

Justo cuando el reloj del puente señalaba las 18,30 horas, del día 15 de abril del año 2051, Chris Lowell informó:

—Nos adentramos en el área de peligro, comandante Kuter.

CAPITULOII

Stuart Kuter indicó:

—Atento al mirador, Chris. Voy a hablar con la Tierra.

—Le avisaré si descubro algo, señor —respondió el segundo de a bordo.

—Henk, no le quite ojo al radar.

—Descuide, señor —sonrió Henk Ran, el holandés que se ocupaba del radar, un joven de veinticuatro años de edad, delgado, pero fuerte.

—Conecte la pantalla de televisión, Stefanía —indicó Kuter.

—A la orden, señor —respondió Stefanía Morelli, la bella italiana encargada de las comunicaciones exteriores, conectando la pantalla. Tenía el pelo muy negro y contaba veinticuatro años de edad.

Unos segundos después, aparecía en la pantalla la imagen del general Sean Robertson, un hombre de unos cuarenta y cinco años, cabello gris y facciones duras.

—¿Alguna novedad, comandante Kuter? —inquirió el militar, impaciente.

—Hace unos segundos que hemos penetrado en el área de peligro, señor —informó el comandante de la *Vulcano.*

-¿Y...?

—Por el momento todo está tranquilo, señor. Sólo quería cerciorarme personalmente de que no tenemos problemas para ponernos en contacto con usted. En cuanto descubramos algo, inmediatamente se lo... —Stuart Kuter se interrumpió. La imagen del general Robertson, jefe supremo del más importante centro espacial de la Tierra, había desaparecido súbitamente de la pantalla.

—¿Qué ocurre, Stefanía? —inquirió Kuter, el ceño fruncido.

—No lo sé, señor. Hasta ahora, no habíamos tenido el menor problema para comunicarnos con la Tierra —respondió la guapa italiana.

—Intente restablecer la comunicación.

—Sí, señor.

Stefanía Morelli hizo lo imposible por conectar de nuevo Con el general Robertson, pero fue inútil.

—No hay manera, señor —suspiró, desalentada.

—Maldita sea… —rezongó Kuter, contrariado—. Siga intentándolo, Stefanía.

—Bien, señor.

Stuart Kuter se reunió con su segundo.

—Empiezan los problemas, Chris.

—Ya lo he oído, señor.

—Al igual que la*Neptuno,* nos hemos quedado incomunicados con la Tierra a los pocos minutos de habernos adentrado en el área de peligro.

—¿Variamos el rumbo, señor? —preguntó Lowell.

—No, vamos a mantenerlo, hasta descubrir qué demonios pasa en este maldito lugar.

—Bien, señor.

Stuart Kuter escrutó la inmensidad del espacio a través del mirador.

No descubrió nada de particular.

Infinidad de puntos luminosos, más o menos brillantes, y más o menos distantes; sólo eso.

Kuter dejó de contemplar las estrellas y volvió junto a Henk Ran.

—¿Sigue sin detectar nada el radar, Henk?

—Nada todavía, señor —respondió el holandés, los ojos fijos en la circular pantalla.

—Continúe atento, Henk.

—Sí, señor.

Stuart Kuter se acercó a Stefanía Morelli.

—¿Seguimos incomunicados con la Tierra, Stefanía?

—Totalmente, señor —asintió la italiana.

—No deje de...

—¡Comandante Kuter! —exclamó de pronto Henk, respingando en su sillón.

Stuart Kuter se plantó de un salto junto al holandés.

—¿Qué ocurre, Henk...?

—¡Observe el punto que aparece y desaparece en lo alto de la pantalla, señor!

—Debe tratarse de una astronave —opinó Chris Lowell, que ya se encontraba también junto al radar.

—El computador nos lo dirá —repuso Kuter, acercándose rápidamente a la rubia Tamara Vlasova, que era quien tenía a su cargo el computador.

El genio electrónico ya estaba funcionando.

Stuart Kuter pensó que el computador se había vuelto loco cuando leyó los datos que éste facilitaba.

—¡No es una astronave, es un planeta! —exclamó Lowell, tan perplejo como su superior.

—¿No... no estará averiado, Tamara? —murmuró Kuter.

—¿El computador? —preguntó la muchacha.

—Sí.

—No creo, señor. Se hubiera encendido el piloto rojo...

—Asegura que nos estamos acercando a un planeta, pero no se ve ninguno... —musitó Kuter, los ojos clavados en el mirador.

—¡Tendríamos forzosamente que verlo, dadas sus dimensiones y la escasa distancia que nos separa de él! —exclamó Lowell, nervioso.

Stuart Kuter se volvió hacia Orlando Ríos, un cubano de extraordinaria corpulencia y piel oscura.

—Conecte la pantalla telescópica, Orlando.

—A la orden, señor. ...

El cubano conectó la pantalla, pero, pese al poderoso alcance del telescopio de la*Vulcano,* en ella no apareció planeta alguno.

Sólo los miles de estrellas que salpicaban el negro espacio sideral.

Henk Ran informó:

—¡Estamos cada vez más cerca, comandante!

Kuter fue rápidamente hacia el radar y observó la pantalla.

En efecto.

El cuerpo celeste que detectaba el radar, estaba muy cerca.

Peligrosamente cerca.

Si no variaban el rumbo, se estrellarían contra lo que, según el computador, era un planeta.

Un planeta, hasta el momento, invisible.

Un planeta fantasma.

No podía verse ni por el mirador de la astronave ni por la pantalla telescópica, pero el radar lo detectaba y el computador insistía en que se trataba de un planeta.

Algo menor que la Tierra.

Stuart Kuter miró a Takao Sonoda, el japonés que pilotaba la*Vulcano,* un tipo no muy alto, pero hercúleo, con la cabeza casi rapada.

—¡Varíe el rumbo, Takao!

—¡A la orden, señor!

16 —

. El japonés efectuó la oportuna maniobra sin pender un solo segundo.

Lo intentó, al menos.

— ¡Comandante Kuter! —gritó, desconcertado.

—¿Qué diablos ocurre? —inquirió Stuart Kuter, acercándose a él.

—¡Los mandos no funcionan!

-¿Qué...?

—¡No puedo desviar la astronave, señor!

—¡Déjeme a mí, Takao! —ordenó Kuter, precipitándose sobre los mandos.

El japonés saltó de su sillón, para que su comandante pudiera sentarse en él y maniobrara correctamente los mandos.

Stuart Kuter comprobó que Takao Sonoda tenía razón.

Los mandos no obedecían.

Parecían haberse averiado todos a la vez.

—¡Maldición! —rugió Kuter—. ¡Hemos sido atrapados por un poderoso campo magnético! ¡Ese condenado planeta que no podemos ver nos está atrayendo hacia él!

Un profundo escalofrío recorrió los cuerpos de los miembros de la tripulación.

Todos empezaban a explicarse la misteriosa desaparición de las astronaves *Júpiter* y *Neptuno*.

Debieron caer, como la*Vulcano,* en aquel poderoso campo magnético y acabaron estrellándose contra el planeta fantasma.

La*Vulcano* también se estrellaría contra él.

Nada ni nadie podría impedirlo.

Lógico, pues, que el pánico se reflejara en los rostros de todos los miembros de la tripulación.

No obstante, ninguno de ellos abandonó su puesto.

¿De qué serviría echar a correr?

La muerte les llegaría igualmente.

Mejor esperarla cada cual en su puesto. Era más digno.

Stuart Kuter, que no se resignaba a contemplar, impasible, cómo la *Vulcano* se hacía pedazos contra la superficie de un planeta misteriosamente invisible y perecían todos, intentó encender los cohetes de frenado.

Afortunadamente, ese mando sí cumplió su función, y los cohetes entraron en acción, reduciendo considerablemente la fantástica velocidad de la astronave, propulsada por poderosos reactores atómicos.

En circunstancias normales, la *Vulcano* hubiese llegado incluso a detenerse en el espacio al cabo de unos segundos, ya que Stuart Kuter estaba forzando al máximo la capacidad de frenado de los cohetes, pero la fuerza de aquel campo magnético en el que la astronave había caído era infinita, y siguió arrastrándola hacia el planeta fantasma, aunque a mucha menos velocidad.

La colisión, de cualquier modo, sería terrible.

Mortal de necesidad, a menos que chocasen contra una superficie blanda.

Y eso era tan poco probable…

De pronto, Chris Lowell gritó:

—¡Mire, comandante Kuter!

StuartKutergirólacabezahaciaelampliomirador.

Respingó en el asiento del piloto al descubrir el planeta contra el cual se estrellaría irremisiblemente la*Vulcano*.

Se veía perfectamente.

Había dejado de ser un planeta fantasma.

CAPITULOIII

El planeta, hasta un instante antes absolutamente invisible, había surgido de pronto.

Como por arte de magia.

Era de color rojizo, pero podían observarse algunas manchas oscuras.

¿Serían mares, aquellas manchas...?

Si lo eran, y la*Vulcano* caía en uno de ellos, la estructura de la astronave resistiría perfectamente el impacto y seguramente no perecería nadie.

Stuart Kuter, esperanzado, volvió la cabeza hacia la pantalla telescópica, donde, lógicamente, podía apreciarse mucho mejor la superficie del misterioso planeta.

Con todo detalle, casi, dada su proximidad.

Kuter brincó del asiento al comprobar que, efectivamente, las manchas oscuras eran mares.

¡Y la*Vulcano* iba directa hacia uno de ellos!

¡Podían salvarse todos de la muerte!

Stuart Kuter gritó:

—¡Todo el mundo sentado y sujeto cada cual a su sillón! ¡Abróchense las correas especiales para casos de colisión, de prisa! ¡Vamos a caer en un mar y podemos salvar la vida todos!

No fue necesario repetir la orden.

Todos los miembros de la tripulación, tanto los que se hallaban en el puente de mando como fuera de él, se apresuraron a obedecer.

Stuart Kuter fue el último en ocupar su sillón y pasarse las anchas correas especiales, quedando fuertemente sujeto a él.

Contuvieron todos la respiración.

Ya no era necesario mirar la pantalla telescópica para comprobar

que iban a caer a un mar.

El planeta estaba tan cerca, que su superficie se podía contemplar perfectamente por el mirador de la astronave.

Dentro de escasos segundos, la*Vulcano* se hundiría en aquel mar.

Un mar de aguas verdosas, quietas, sin el menor rastro de oleaje.

Pero a nadie le preocupaba que la astronave se hundiera en el mar.

Si su estructura resistía el impacto, y cabía esperar que sí, gracias a la inestimable ayuda de los cohetes de frenado, que seguían funcionando a la máxima potencia, salir luego a la superficie sería sumamente sencillo.

Lo que preocupaba a todos los miembros de la tripulación, era el misterio que envolvía a aquel planeta desconocido, capaz de permanecer invisible al ojo humano y de dejarse ver de pronto, en un momento determinado.

Sí.

Un planeta capaz de aparecer y desaparecer a su antojo.

Como si se tratara de un fantasma.

¿Estaría habitado?

Y si lo estaba..., ¿cómo serían sus habitantes?

La tripulación de la*Vulcano* no pudo hacerse más preguntas, pues la astronave ya iba a chocar contra el mar.

Y chocó.

El impacto fue tremendamente violento.

La*Vulcano* se estremeció pero su estructura no resultó en absoluto afectada, como ya suponía Stuart Kuter.

La astronave fue engullida por las verdosas aguas.

Unas aguas que, desgraciadamente para la tripulación de la*Vulcano,* distaban mucho de ser lo que parecían.

Su superficie era tranquila y serena, como si de un gigantesco lago

se tratara, pero bajo ella debían existir unas terribles corrientes marinas.

La *Vulcano* se vio arrastrada por una de ellas y empezó a dar vueltas, como atrapada por un feroz remolino.

Stuart Kuter intentó controlar la astronave, pero los mandos seguían sin responder.

Era inútil.

Nada podía hacerse.

La *Vulcano* iría a parar donde aquella maldita corriente marina quisiera llevarla.

Y lo peor de todo era que la astronave no dejaba de girar sobre sí misma, cada vez a mayor velocidad. .

Algunos de los miembros de la tripulación empezaron a desvanecerse en sus sillones.

Poco a poco, los demás fueron perdiendo también la noción de la realidad.

Stuart Kuter realizó un supremo esfuerzo por mantenerse consciente, pero también él acabó desvaneciéndose.

** *

Chris Lowell fue el primero en recobrar el sentido. En seguida se percató de que la astronave había dejado de dar aquellas terribles vueltas. Ahora estaba quieta. Absolutamente inmóvil.

Los ojos del segundo de a bordo fueron hacia el mirador.

Pestañeó.

No estaban en el fondo de aquel verdoso mar, como él había pensado, sino en una inmensa playa, de abundante arena rojiza.

A lo lejos, se veían unas altas montañas, recortando un cielo limpio y azul.

Lowell miró a su alrededor. Descubrió a sus compañeros. Todos se hallaban inconscientes. Incluso Stuart Kuter.

Lowell procedió a desabrocharse las correas especiales que le mantenían sujeto al sillón, y gracias a las cuales no había salido despedido cuando se produjo la tremenda colisión. Los sillones estaban fuertemente clavados al suelo, y ello había impedido que los miembros de la tripulación sufriesen daño alguno.

Chris Lowell se puso en pie.

Estuvo a punto de caerse, al sufrir un ligero mareo, y se vio obligado a apoyarse en el sillón.

Por fortuna, el vértigo le desapareció en unos segundos y .pudo caminar hacia Stuart Kuter.

Mientras le soltaba las correas, lo llamó: —Comandante Kuter... Despierte, señor. Stuart Kuter movió la cabeza. Un instante después, abría los ojos. —Chris...—murmuró. Lowell le sonrió.« —¿Se encuentra bien, comandante?

Kuter cerró los ojos de nuevo y sacudió la cabeza, como para despejarse.

—Estoy algo mareado —respondió.

—Se le pasará en seguida. Yo también lo estaba, cuando me desperté, pero ya me siento bien.

—¿Dónde estamos, Chris?

—En una gran playa.

—¿Playa...? —pestañeó Kuter.

—Sí, señor. La corriente marina debió arrastrarnos hacia ella. Mejor esto que el fondo del mar, ¿no?

—Evidentemente —convino Kuter, esbozando una sonrisa.

Al ponerse en pie, trastabilló.

Lowell lo sostuvo.

—Cuidado, comandante. Yo también estuve a punto de caerme.

—Dimos tantas vueltas, que... —murmuró Kuter, llevándose la mano a la frente.

—Más que una peonza, señor —sonrió Lowell.

—Puede soltarme, Chris.

—¿Ya se encuentra bien?

—Sí.

Lowell lo soltó.

Stuart Kuter contempló al resto de los miembros de la tripulación.

—Habrá que despertarlos, Chris.

—Yo me ocupo de ello, señor.

—Le ayudaré.

—Como quiera.

Kuter y Lowell empezaron a despertar a sus compañeros.

El comandante de la*Vulcano* se ocupó primeramente de Tamara Vlasova, la hermosa muchacha de origen ruso.

—Tamara... —llamó, palmeándole suavemente las pálidas mejillas.

La joven despegó los párpados.

—Comandante Kuter...-musitó.

—¿Qué tal se siente?

—¿Estamos vivos?

—Claro.

—¿Seguro?

—¿Quiere que le dé un pellizco,para demostrárselo?

—Depende de dónde piense dármelo —sonrió pícaramente Tamara.

—¿Me cree un tipo atrevido?

—Le creo un hombre.

—Lo soy, no lo dude.

—No lo dudo. Por eso le pregunté que dónde pensaba darme el pellizco.

—En la mejilla. ¿Le parece bien?

—Desde luego. Será un pellizco muy casto.

—¿Todavía necesita que se lo dé, ,para convencerse de que está viva?

—La verdad es que no.

—Entonces, no se lo doy.

—Me lo debe, pues.

—De acuerdo —sonrió Kuter, y fue a atender al holandés Henk.

Entretanto, Chris Lowell había despertado al cubano Orlando, y ahora se disponía a hacer lo propio con Stefanía, la bella italiana, mientras Orlando, a su vez, atendía al japonés Takao.

Stefanía Morelli, apenas volver en sí, hizo la misma pregunta que le hiciera Tamara Vlasova a Stuart Kuter:

—¿Estamos vivos, Chris...?

El rubio Lowell, que había escuchado el breve pero interesante diálogo mantenido entre el comandante de la*Vulcano* y la rusa Tamara, respondió del mismo moda que su superior:

—Claro que estamos vivos. ¿Quieres que te dé un pellizco, para demostrártelo?

—Sí, por favor —asintió la joven, sin preguntar dónde pensaba dárselo.

Esa fue su equivocación.

Sí, porque Lowell, muy astuto él, se lo dio en el seno izquierdo, justo en el punto de máximo relieve.

La italiana emitió un gritito,altiempo que enrojecía.

Quiso darle una bofetada al segundo de a bordo, pero éste, muy previsor, todavía no le había soltado las correas, y se quedó con las ganas.

—¡Suéltame inmediatamente, Chris! —ordenó, aunque sin elevar demasiado la voz, pues no quería que se supiese lo ocurrido.

—Eh, juraría que deseas darme una bofetada...

—Eso sería muy poco castigo. ¡Te voy a arañar la cara!

—¿Por qué te enfadas? Tú me autorizaste a pellizcarte...

— ¡Pero no ahí!
Lowell tosió.

—Ya sé que los pellizcos se suelen dar en las posaderas, pero como tú estás sentada...

—¡Tampoco me hubiera gustado que me lo dieras en el trasero!

—¿Dónde, entonces?

—¡En el brazo, por ejemplo!

—Losiento,nosemeocurrió—sedisculpóLowell.

- ¡Tú qué vas a sentir! —De veras que sí.
- ¡Anda, suéltame de una maldita vez! —Te encuentras bien, ¿no?

—Furiosa, pero bien.

—Entonces, puedes soltarte las correas tú sola.

—¡Muy galante, hombre!

—Si olvidas lo de arañarme la cara, te ayudo a soltarlas.

— ¡Yo no olvido nada!

—De acuerdo, me arriesgaré —sonrió Lowell, y ayudó a la enfurecida italiana a desabrochar las correas.

Stefanía Morelli, cuando estuvo libre, saltó de su asientoe hizo ademán de soltarle un zarpazoalrostroaChrisLowell.

No pudo culminar su acción, pues dio un traspiés y estuvo a punto de derrumbarse.

Lowell, que se había hecho para atrás, para evitar el zarpazo, se apresuró a sostenerla.

—Te sientes un poco mareada, ¿verdad?

—Oh, sí... —murmuróla joven, asustada.

—A mí me ocurrió igual.

—No me sueltes, Chris, o me desplomaré —rogó Stefanía, pegándose a él.

—Yo te sostengo, no temas. Aunque corro el riesgo de que me destroces las mejillas con tus afiladas uñas...

—Debería hacerlo, a pesar de todo —rezongó la italiana.

—Fue un pellizco suave y cariñoso, reconócelo.

—Pero dado en un sitio muy íntimo, eso es lo que no te perdono.

—No había mala intención, créeme.

—Tú siempre has tenido mucha cara, Chris.

—Soy un bromista, no un caradura.

—Ya puedes soltarme.

—¿Se te pasó el mareo?

—Sí, ya estoy bien.

—Me alegro. Anda, ayúdame a despertar a los demás —rogó Chris Lowell.

CAPITULOIV

Minutos después, la tripulación entera estaba despierta y reunida en el puente de mando.

Stuart Kuter se hallaba junto al mirador, escrutando la vasta playa de arena rojiza, las altas montañas, el azul y despejado cielo.

El lugar estaba tranquilo y solitario.

Kuter se separó del mirador y se acercó a Tamara Vlasova.

—Tamara, a ver qué nuevos datos nos proporciona el computador sobre este misterioso planeta —indicó.

—Voy con ello, comandante —respondió la joven, poniendo en funcionamiento el complicado ingenio electrónico.

Unos instantes después, el computador aseguraba que aquel planeta presentaba características muy similares a las de la Tierra, pues su atmósfera alcanzaba una densidad muy parecida a la terrestre, con la suficiente cantidad de oxígeno libre.

Podían, pues, salir de la astronave sin necesidad de colocarse las escafandras.

Ni siquiera los trajes térmicos eran necesarios, ya que la temperatura era perfectamente soportable.

Stuart Kuter se aproximó a Stefanía Morelli.

—¿Podemos comunicarnos con la Tierra, Stefanía? —Lo estoy intentando, señor-, pero no hay manera —respondió la italiana.

—Ya lo suponía —rezongó Kuter, y fue hacia Takao Sonoda, el piloto, quien estaba revisando a fondo los mandos de la astronave.

—Es sorprendente, señor —dijo el japonés, al verle a su lado.

—¿El qué? —preguntó Kuter.

—Estoy seguro de que si intentásemos despegar en este momento, lo conseguiríamos sin la menos dificultad.

—¿Quiere decir que los mandos obedecerían?

—No me cabe la menor duda, señor —asintió Takao.

—Bueno, en cierto modo, es lógico. No estaban averiados, sólo inutilizados por el campo magnético.

—Lo cual volvería a suceder si intentásemos abandonar el planeta —profetizó el japonés.

—Tal vez no, Takao. El campo magnético nos atrapó cuando nos metimos en él a gran velocidad, lo cual, lógicamente, acentuó considerablemente su poder. Cuando intentemos abandonar el planeta, será diferente. Tendrá que frenar nuestra velocidad, luchar contra nuestros reactores, que tampoco son ninguna tontería.

—Puede que tenga razón, comandante.

—Esperemos que sí, porque de lo contrario, estaríamos condenados a vivir para siempre en este planeta desconocido —suspiró Kuter.

—Con permiso de sus habitantes, claro —terció Chris Lowell, que se había acercado a ellos.

Kuter le miró.

—¿Qué le hace pensar que se trata de un planeta habitado, Chris?

—En primer lugar, que es muy parecido al nuestro. Hay,como en la Tierra, atmósfera, oxígeno suficiente, agua, una temperatura adecuada...

—Conozco algunos planetas que reúnen esas condiciones, Chris, y no están habitados. Hay en ellos vida animal y vegetal, pero no humana.

—Lo sé, señor. Pero en este caso es distinto.

—¿Porqué?

—¿Olvida usted que estábamos muy cerca de este planeta, y no podíamos verlo? Lo detectaba el radar y el computador, pero nosotros no lo veíamos. De pronto, apareció. Cuando ya casi estábamos a punto de estrellarnos contra él.

—Un fenómeno extraño, sí —convino Kuter.

Lowell movió la cabeza en sentido negativo.

—Yo no creo que fuera un fenómeno, señor. Estoy seguro de que fue cosa de los seres que habitan en este planeta. Y puede que tampoco el campo magnético que nos atrajo hacia aquí sea natural. Ni la corriente marina que nos arrastró hasta esta playa. Y, eso de que no podamos comunicarnos con la Tierra, también resulta sumamente sospechoso.

Sobrevino un silencio.

Los miembros de la tripulación se miraron unos a otros.

Impresionados por las palabras del segundo de a bordo.

Stuart Kuter, después de reflexionar sobre lo que había dicho Chris Lowell, repuso:

—Ojalá esté en lo cierto, Chris.

Lowell parpadeó.

—¿De veras le gustaría, señor?

—Sí, porque si nuestra astronave fue atraída hasta esta playa por los seres de este planeta, cabe pensar que lo mismo les ocurrió a la *Júpiter* y a la *Neptuno*. Y si nosotros no hemos sufrido ningún daño, es de suponer que tampoco sus respectivas tripulaciones lo sufrieran.

—Pero, si los han hecho prisioneros…

—Eso es lo que tenemos que averiguar, Chris. —¿Vamos a salir en su busca, señor? —Sí, ahora mismo —respondió Kuter.

***

La *Sycrom-22* era una pequeña nave de reconocimiento, que viajaba junto con otros vehículos espaciales en el gigantesco hangar de la*Vulcano*.

A ella subió Stuart Kuter, acompañado del holandés Henk, el cubano Orlando, y otros tres hombres de la tripulación.

La puerta del hangar fue abierta accionando un mando de control remoto.

Kuter encendió los motores y accionó la palanca de despegue.

La pequeña nave se elevó verticalmente, un par de metros, y luego enfiló suavemente hacia la puerta, saliendo del hangar.

Apenas abandonar la*Vulcano,* la *Sycrom-22* ganó altura y velocidad, mientras la puerta del hangar se cerraba.

La *Sycrom-22* sobrevoló la inacabable playa.

Stuart Kuter tenía la corazonada de que, al igual que la *Vulcano,* la *Júpiter* y la *Neptuno* habrían sido arrastradas porlacorrientemarina,naturalo. no,aaquellaplaya.

Acertó, pues apenas unos minutos después, descubrían a lo lejos una astronave de características similares a la*Vulcano.*

Posada sobre la rojiza arena.

—¡Es la *Neptuno,* comandante! —exclamó Henk Ran, sentado a la derecha de Kuter.

—¡Y parece que está intacta! —observó Orlando Ríos, situado detrás del holandés.

Stuart Kuter comunicó con la*Vulcano,* por medio del videófono de la *Sycrom-22.*

Chris Lowell, que esperaba su llamada, respondió en seguida:

—¿Alguna novedad, comandante?

—Hemos encontrado a la*Neptuno,* Chris —comunicó Kuter.

—¿Dónde, señor?

—En la playa, a unos cien kilómetros de la *Vulcano.* No parece haber sufrido ningún daño.

—¿Y su tripulación...?

—Tengo la impresión de que no hay nadie en la astronave, Chris. La puerta principal permanece abierta, y la rampa está bajada. De todos modos, daremos un vistazo.

—Manténgameinformado,comandante —rogóLowell.

—Lo haré —prometió Kuter, y cortó la comunicación.

Un par de minutos después, la *Sycrom-22* se posaba suavemente sobre la arena, a unos veinticinco metros de la*Neptuno*.

Stuart Kuter paró los motores y él y sus hombres descendieron de la pequeña nave, armados todos con fusiles de rayos infrarrojos.

Se encaminaron hacia la puerta principal de la*Neptuno,* dejando sus pisadas en la blanda arena.

El cubano Orlando miró hacia el mar.

Una violenta sacudida estremeció su robusto cuerpo al descubrir lo que estaba surgiendo de allí.

—¡Mire, comandante...! —gritó, apuntando con su brazo hacia el mar.

CAPITULOV

Stuart Kuter, Henk Ran, y los otros tres hombres, se detuvieron en el acto y miraron hacia el mar.

También ellos se estremecieron al descubrir a la bestia que estaba emergiendo de las verdosas aguas.

Una bestia gigantesca.

Horrible.

Espantosa.

Tenía cuatro extremidades relativamente cortas, en comparación con su enorme y alargado cuerpo, de piel escamosa, color verde parduscο.

Unos cinco metros de alto, mediría.

Y no menos de veinte de largo, contando su cola, en la que debía poseer una fuerza terrible.

Sus ojos, perfectamente redondos y excesivamente salidos,eran estremecedores de verdad.

Y sus mandíbulas, dotadas de varias hileras de terroríficos dientes, algo realmente escalofriante.

Aquel animal podía engullir fácilmente a un hombre de un solo bocado, sin necesidad de triturarlo antes con sus poderosos dientes.

Y ésa debía ser su intención, pues abrió al máximo su bocaza y reptó con rapidez hacia el grupo de paralizados terrestres,soltandounosrugidosquehelabanlasangre.

Stuart Kuterlevantóvelozmentesufusilderayosinfrarrojos, apuntó al monstruo marino y apretó el gatillo, al tiempo que gritaba:

—¡Disparen, muchachos!

Henk, Orlando, y los otros tres hombres, se apresuraron a cumplir la orden.

La aterradora bestia bramó de un modo ensordecedor cuando los rayos infrarrojos quemaron su dura piel, peroesto, en lugar de

detenerla, la encorajinó más y acentuó sus deseos de zamparse a la media docena de terrestres, hacia los cuales reptó con más rapidez que antes, las mandíbulas de par en par y los ojos tan brillantes que parecían despedir fuego.

Al ver que el monstruoso animal se les venía encima, Stuart Kuter rugió:

—¡Atrás, rápido! ¡Pero sin dejar de disparar!

Los seis hombres retrocedieron con envidiable ligereza, haciendo funcionar sin pausa sus fusiles de rayos infrarrojos.

La bestia marina aulló de dolor, medio abrasada ya, pero no desistió de dar caza a los terrestres.

De momento, consiguió aplastar la *Sycrom-22* de un furioso coletazo.

Y, no satisfecha con ello, pisoteó varias veces la pequeña nave con sus patas delanteras, destrozándola por completo.

Luego, se lanzó hacia los terrestres, que seguían retrocediendo y disparándole.

El holandés Henk puso el pie en un hoyo y cayó de espaldas al suelo.

El accidente fue de lo más inoportuno, dada la peligrosa proximidad del enfurecido saurio.

—¡Ayuden a Henk, rápido! —gritó Stuart Kuter, quien, con la esperanza de detener a la bestia, le disparó a los ojos.

El animal quedó ciego al instante, y empezó a dar saltos y a retorcerse de dolor.

Sus coletazos eran tan terribles, que si alcanzaba con alguno de ellos a los terrestres los iba a convertir en puré humano.

Y había bastantes posibilidades de que tal cosa ocurriera.

—¡Atrás, atrás! —ordenó Kuter.

Henk fue arrastrado materialmente por Orlando y otro de los miembros de la tripulación.

Hicieron bien en no perder tiempo ayudándole a levantarse, pues un par de segundos después, la larga y pesada cola de la bestia marina caía justo sobre el lugar donde perdiera el equilibrio el holandés.

Se detuvieron todos cuando estuvieron suficientemente alejados del enloquecido animal, que seguía dando grotescos saltos y lanzando bramidos de furia y de dolor.

El cubano Orlando hizo ademán de dispararle una vez más con su fusil,pero la voz de Stuart Kuter le detuvo:

—No es necesario, Orlando. Ese animal está herido de muerte, pronto dejará de moverse.

El comandante de la*Vulcano* no se equivocó.

Muy pocos segundos después, el horrible saurio quedaba inmóvil,patas arriba,despidiendounhedorinsoportable.

Stuart Kuter y sus hombres respiraron aliviados.

—Gracias por haberme ayudado, muchachos —dijo Henk, que ya estaba en pie—. Me habéis salvado la vida.

—Hemos estado a punto de perderla todos —repuso Orlando—. El bichito era duro de pelar.

—Y tan duro —dijo Kuter—. La *Sycrom-22* puede dar fe de ello — observó, contemplando la destrozada nave.

Henk, Orlando y los otros tres miraron también hacia allí.

—La aplastó como si fuera una caja de fósforos... —murmuró el holandés.

—Tenía una fuerza tremenda —dijo el cubano.

—Subamos a la*Neptuno* —indicó Kuter—. Si surge otro bicho semejante, en la astronave estaremos a salvo.

Caminaron todos hacia la bajada rampa metálica.

Con paso rápido.

Y sin perder de vista el mar.

Afortunadamente, no emergió ningún otro animal marino, y

pudieron introducirse en la astronave sin nuevos contratiempos.

Como ya sospechara Stuart Kuter, la*Neptuno* estaba abandonada.

Después de recorrerla de arriba "abajo, sin hallar a uno solo de sus tripulantes, Henk comentó:

—Parece que se confirma la teoría de Chris Lowell, comandante.

—Que la tripulación no se halle en la astronave, no significa necesariamente que todos hayan caído prisioneros de los posibles habitantes de este planeta —repuso Kuter.

—¿Piensa que la abandonaron voluntariamente, señor? —preguntó Orlando.

—Es posible. Si se creían en peligro en ella...

No hubo más comentarios.

Stuart Kuter extrajo el pequeño videófono que llevaba al cinto y llamó a Chris Lowell.

La imagen, del segundo de a bordo apareció casi al instante en la diminuta pantalla.

—¿Qué han averiguado, comandante? —inquirió Lowell.

—La*Neptuno* está abandonada, como ya me temía, Chris —comunicó Kuter.

—¿Alguna señal de violencia?

—No, ninguna; todo está en orden. Como si la tripulación hubiese abandonado la astronave por su propia voluntad.

—Tal vez fuera así.

—Trataremos de dar con ellos.

—Estaremos pendientes de sus noticias, señor.

—Chris...

—¿Sí, comandante?

—Hemos sido atacados por un gigantesco saurio que surgió del

mar. Pudimos con él, aunque lo nuestro nos costó. El animal destrozó la *Sycrom-22* —informó Kuter.

Lowell, preocupado, inquirió:

—¿Y cómo van a seguir buscando a los tripulantes de la *Neptuno* y la *Júpiter…*?

—En el hangar de la*Neptuno* está la *Sycrom-18.*

—Oh, entiendo.

—Le llamaré en cuanto descubramos algo, Chris. Y cuidado con el mar. Puede surgir otra cosa de él.

—Estaremos alerta, comandante.

Stuart Kuter pulsó un botón y la reducida pantalla se apagó.

—Vamos, muchachos —indicó, devolviendo el pequeño videófono al cinto.

Se trasladaron al hangar de la astronave.

Poco después, abandonaban la*Neptuno* en la *Sycrom-18,* una nave idéntica a la que destrozara el monstruo marino, el cualseguíatendido enlaarena,patasarriba,abrasado.

CAPITULOVI

Chris Lowell paseaba nerviosamente por el puente de mando.

Las manos, a la espalda.

El ceño, fruncido.

Lehubieragustadoacompañar, alcomandanteKuter.

De ése modo no tendría que esperar noticias.

Pero alguien tenía que quedarse al mando de la astronave, y era lógico que fuese el segundo de a bordo.

Por eso acató la orden.

De pronto, Stefanía Morelli comunicó:

—¡ Llama el comandante Kuter, Chris!

Lowell se plantó delante de la pantalla de televisión en tres poderosas zancadas.

—¿Novedades, comandante?

—Sí, Chris. Hemos encontrado también a la*Júpiter* —informó Kuter.

—¿En la playa, señor?

—Sí, a unos ochenta kilómetros de la *Neptuno*.

—¿Abandonada, también?

—Así es.

—¿Tampoco en ella existen señales de violencia?

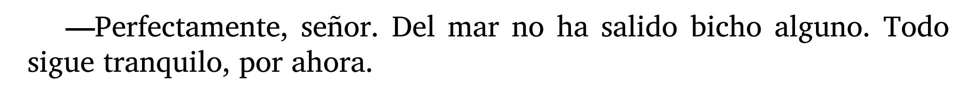
—Ninguna, Chris.

—Qué extraño —murmuró Lowell.

—Aclararemos este misterio, no se preocupe.

—No deseo otra cosa, señor.

—¿Cómo van las cosas por ahí, Chris?



—Perfectamente, señor. Del mar no ha salido bicho alguno. Todo sigue tranquilo, por ahora.

—Me alegro. Pero no se confíen, Chris. En el momento más inesperado, pueden surgir las dificultades.

—Descuide, comandante, No nos dejaremos sorprender.

—Hasta luego, Chris.

—Suerte, comandante Kuter.

Stuart Kuter cortó la llamada y su imagen desapareció de la pantalla.

Pese a ello, Chris Lowell continuó con los ojos fijos en ella.

Aunque no miraba.

Sólo pensaba.

La*Júpiter* y la *Neptuno* abandonadas.

Intactas, pero abandonadas.

No era lógico.

A sus respectivas tripulaciones tenía que haberles sucedido algo.

El seguía sospechando que aquel planeta estaba habitado.

No podía ser casualidad que las tres astronaves hubiesen ido a parar al mismo lugar.

A aquella interminable playa.

Alguien los había conducido hasta allí.

Alguien que los quería vivos.

Y Lowell se decía que para nada bueno.

La voz de Stefanía Morelli interrumpió sus pensamientos:

—Chris...

-¿Eh?

—¿Te ocurre algo, Chris?

No, no.

—Te has quedado mirando la pantalla fijamente, y laimagen del comandante Kuter ya hace rato que desapareció... —observó la italiana.

—Lo sé —rezongó Lowell, y empezó a pasear de nuevo por el puente, las manos otra vez a la espalda, el ceño arrugado.

Tamara Vlasova se levantó de su asiento y se acercó a Stefanía Morelli.

—¿Problemas con Chris, Stefanía? —le preguntó, sonriente.

—No,en este momento,no;pero antes sílos tuve.

—¿Qué te hizo?

—Me pellizcó el seno.

—Qué descarado —rio quedamente Tamara.

—Qué sinvergüenza, que no es lo mismo —rezongó la italiana.

—No se lo tomes en cuenta.

—¿Te parece que no es para tomárselo?

—Chris no hace esas cosas con mala intención, Stefanía.

—¿Cómo lo sabes?

—A mí me dio una palmada en el trasero, esta mañana.

—¿Y no le diste una bofetada?

—Mujer, no es para tanto...

—No, si a lo mejor resulta que te complació que te palmeara el trasero.

—No me disgustó, ésa es la verdad.

—¿Acaso estás enamorada de él?

—¡No! —rio Tamara.

—Entonces, no me lo explico.

—Soy mujer, Stefanía.

—¿Y yo qué soy, un canguro?

Tamara Vlasova volvió a reír.

—Lo que quiero decir es que a mí me halaga que los hombres se fijen en mí, Stefanía.

—A mí también me agrada que los hombres se fijen enmi, Tamara. Pero es que el bribón de Chris hace algo másque fijarse. Y no es la primera vez, ¿sabes?

—Es un hombre, Stefanía.

—Es un carota. En seguida que tiene oportunidad, ¡zas!, pellizco, palmada, o beso que te suelta.

Tamara Vlasova suspiró soñadoramente.

—Ojalá el comandante Kuter fuera así...

—¡Tamara! —respingó la italiana.

—Me gusta, Stefanía.

—¿El comandante Kuter...?

—Sí. ¿A ti no?

—Bueno, es un hombre muy interesante, sí, pero...

—Me he propuesto conquistarlo.

—Olvídalo.

—¿Por qué?

—No creo que lo consigas.

—Eres única dando ánimos, hija.

—Perdona, chica, pero es que...

—¿Por qué no puedo conquistar al comandante Kuter, vamos a ver?

—La razón es bien simple, Tamara: no tendrás ocasión de intentarlo.

—Te equivocas, ya he tenido dos.

—¿De veras...? —pestañeó Stefanía.

—Esta misma tarde —asintió Tamara.

—Cuenta, chica, cuenta.

—¿Recuerdas que fui a la enfermería, a que el doctor Richter me diera algo para el dolor de estómago que padecía?

—Sí, lo recuerdo.

—Pues, bien; al salir de la enfermería, con mucha prisa, choqué violentamente con el comandante Kuter, que venía hacia aquí, y caí de espaldas al suelo.

—¡Qué suerte!

—Quedé unos segundos con las piernas tan arriba, que las rodillas me rozaban la barbilla.

—¡Qué exhibición, chica! —rio Stefanía.

—Ya puedes imaginártelo.

—¿Cómo reaccionó el comandante Kuter?

—Como hubiera reaccionado cualquier otro hombre. Se fijó en mis piernas y en todo lo que no cubría el pantalonero.

—¿Y le gustó?

—Yo diría que le encantó.

—Claro, acabo de hacer una pregunta tonta. Tú tienes un cuerpo espléndido, Tamara.

—El tuyo también es hermoso, Stefanía.

—Gracias —sonrió la italiana—. Anda, sigue, que tu relato es muy interesante —rogó, guiñándole el ojo pícaramente.

—Bueno, ya no hay mucho que contar. El comandante Kuter me

ayudó a ponerme en pie, me preguntó si me había hecho daño en la caída, y como le respondí que no, nos vinimos juntos hacia aquí. Por cierto, que mientras caminábamos, le sorprendí observándome fijamente.

—Seguiría impresionado por lo que había visto poco antes, no hay duda.

—Yo creo que sí —rio Tamara.

—¿Y la segunda ocasión...?

—Sucedió ya en este planeta. Yo perdí el sentido, como todos. El comandante Kuter me despertó.

—Es tu día de suerte, no hay duda.

—Coqueteé un poco con él.

—¿De veras te atreviste...?

—Bueno, es que las cosas vinieron rodadas. Yo tenía mis dudas de que estuviésemos vivos, con todo lo que nos había sucedido, y él me preguntó si quería que me diese un pellizco, para convencerme.

—Le respondiste que sí, claro.

—No, le dije que dependía de dónde pensase dármelo.

—Si le hubiera respondido yo eso a Chris, no me habría pellizcado el seno —rezongó Stefanía.

—¡Ah!, ¿fue por eso que te pellizcó?

—Sí.También yo dudaba de que estuviésemos vivos.

—Entonces, no culpes a Chris. Si le autorizaste a pellizcarte, sin preguntarle dónde...

—¿Dónde te pellizcó a ti el comandante Kuter?

—En ningún sitio.

—¿Tan íntimo era el lugar, que se lo prohibiste...?

—¡No! —rioTamara—. El comandante pensaba pellizcarme en la mejilla, pero como eso es muy poco interesante, y yo ya me hallaba

convencida de que estábamos vivos, le dije que me lo debía.

—¿El pellizco...?

—Sí.

— ¡Qué atrevida!

—Es que para entonces ya me había propuesto conquistarle, Stefanía.

La italiana entrecerró los ojos.

—¿Seguro que no chocaste con él a propósito, cuando saliste de la enfermería, Tamara...?

—No, te juro que no.

—¿Y tampoco levantaste las piernas más de lo debido, en tu caída...?

—No, créeme. Lo que sí hice, debo confesarlo, fue mantenerlas en alto más tiempo del necesario.

—Había que aprovechar la ocasión, ¿eh?

—Claro.

Las dos muchachas rieron.'

—Te deseo mucha suerte con el comandante, Tamara.

—Y yo a ti con Chris, Stefanía.

La italiana enrojeció perceptiblemente.

—No te entiendo, Tamara —repuso, nerviosa.

—Sé que estás enamorada de Chris, aunque tú no me lo has confesado nunca.

—No digas tonterías.

—Es cierto, no lo niegues. Y voy a darte un consejo, Stefanía: si deseas que él te corresponda, toma decididamente la iniciativa. Es un tipo estupendo, no dejes que otra te lo arrebate.

—Un tipo estupendo... —rezongó la italiana, ceñuda—. Un

mujeriego, eso es lo que es. Le gustan todas.

—En tu mano está el que tú le gustes más que ninguna —repuso Tamara.

Stefanía Morelli se mordió el labio inferior.

—¿Crees sinceramente que puedo conseguirlo, Tamara?

—Apostaría mi mano derecha.

La italiana sonrió con agradecimiento.

—Eres una gran chica, Tamara.

—¿Seguirás mi consejo, Stefanía?

—Sí, lo voy a seguir.

—Pero con decisión, ¿eh? No te importe recibir otro pellizco en alguna parte blanda.

—Más de uno, recibiré. Con lo atrevido que es Chris… —rio la italiana.

—Por cierto, ¿dónde está?

—¿Chris?

—Ha abandonado el puente…

—Es cierto.

—¿No te parece raro, teniendo en cuenta que esperamos una nueva llamada del comandante Kuter?

—Sí, es muy extraño. Takao, ¿adónde ha ido Chris? —preguntó Stefanía al japonés.

Este se volvió, buscando al segundo de a bordo con la mirada.

—No lo sé, no me lo ha dicho. Pero hace un instante estaba ahí, frente al mirador…

—¿Alguno sabe adónde ha ido Chris?

Todos cuantos se hallaban en el puente de mando respondieron negativamente. Ni siquiera le habían visto ausentarse.

—Ve a buscarle, Stefanía —indicó Tamara.

—¿Y si llama el comandante…?

—Yo responderé, no te preocupes.

—De acuerdo, voy en su busca.

—Si tienes ocasión, choca con él y déjate caer al suelo —sonrió maliciosamente Tamara.

—Lo haré, no lo dudes.

—Y no olvides levantar bien las piernas.

—Hasta que las rodillas me rocen la barbilla, te lo prometo —repuso Stefanía, y se alejó, riendo.

Abandonó el puente de mando.

Al principio, no se dio cuenta, pero no se tropezaba con nadie.

No tardó, sin embargo, en percatarse del hecho.

La astronave parecía desierta.

Abandonada.

En ninguno de sus compartimientos halló a miembro alguno de la tripulación.

Hasta la enfermería estaba solitaria.

¿Dónde diablos se habría metido el doctor Richter?

¿Y Chris Lowell?

¿Y todos los demás?

Stefanía Morelli empezó a sentir miedo, y decidió regresar rápidamente al puente de mando, para informar a quienes allí se encontraban de la desaparición de más de dos terceras partes de la tripulación.

Su miedo se convirtió en auténtico pánico cuando, al-al-canzar el puente, lo encontró vacío.

No había nadie allí.

Ni Tamara Vlasova...

NiTakaoSonoda...

Todos habían desaparecido.

Tan misteriosamente como los demás miembros de la tripulación.

La astronave entera estaba vacía. Abandonada. Como la*Neptuno*. Como la*Júpiter*....

CAPITULOVII

La *Sycrom-18* sobrevolaba el misterioso planeta.

Ya hacia algunos minutos que había dejado la vasta playa de arena rojiza y pasado al otro lado de las altas montañas que formaban una especie de barrera entre el verdoso mar y la espesa jungla que existía tras ellas.

También la jungla, como la playa, parecía interminable.

Desde la pequeña nave, Stuart Kuter y los cinco hombres que le acompañaban, pudieron ver algunos animales tan feroces y tan gigantescos que, comparados con el saurio que surgió del mar y les atacó en la playa, éste no pasaba de ser un bichito insignificante.

Tuvieron ocasión de presenciar una pelea entre dos de aquellas colosales bestias, tan feroz, que a los seis se les erizó la piel.

Hasta el interior de la *Sycrom-18* llegaban, nítidamente, los espantosos rugidos de los animales, estremeciendo los sólidos cristales de los miradores.

—Recemos para que no se averíe la nave y tengamos que tomar tierra en este «paraíso», comandante Kuter —dijo el holandés Henk.

Stuart Kuter sonrió.

—Sería terrible, sí —convino.

—Duraríamos menos que un conejo en una jaula de leones hambrientos —comentó el cubano Orlando.

—Tranquilos, los motores no fallarán —aseguró Kuter, quien, seguidamente, llamó a la *Vulcano* por medio del videófono de la *Sycrom-18.*

Deseaba cerciorarse de que ningún peligro acechaba a su tripulación.

Stuart Kuter frunció el ceño al ver que nadie respondía a su llamada.

—¿Qué diablos ocurre, comandante? ¿Por qué no contestan? —inquirió Henk Ran.

—No lo sé, Henk.

—¿Se habrá averiado el videófono de la *Sycrom-18?* —pensó Orlando Ríos.

—Utilizaré el portátil —dijo Kuter, y lo extrajo de su cinto.

Pulsó el botón de llamada.

Fueron pasando los segundos y ninguna imagen aparecía en la pequeña pantalla.

—No responden. Algo ha pasado en la *Vulcano* —adivinó Kuter, cuyo rostro se había endurecido.

Henk, Orlando, y los otros tres hombres se miraron entre sí, preocupados.

Stuart Kuter realizó una brusca maniobra y la *Sycrom-18* viró casi en redondo.

El comandante de la*Vulcano* movió otra palanca y la pequeña nave desarrolló su máxima velocidad.

En sólo unos minutos, la *Sycrom-18* alcanzó el límite de la jungla y pasó por encima de las montañas que la separaban del mar. . Stuart Kuter redujo la velocidad.

Instantes después, la nave penetraba en el hangar de la*Vulcano* y se posaba en él.

Kuter paró losmotores y él y sus hombres saltaron al suelo sin pérdida de tiempo.

En esta ocasión, en lugar de los fusiles de rayos infrarrojos, empuñaban sus pistolas de rayos láser.

Abandonaron rápidamente el hangar, dirigiéndose al puente de mando.

No encontraron a nadie por el camino.

Alcanzaron el puente.

Estaba solitario.

—¿Dónde diablos están todos? —exclamó Henk.

—Eso quisiera yo saber —rezongó Kuter.

—Se diría que han abandonado la astronave, comandante… —observó Orlando.

—Voluntariamente, no, desde luego. Nos hubieran avisado.

—¿Habrán caído… prisioneros? —murmuró otro de los tripulantes.

Kuter se pasó la mano por el cabello.

—Todo hace suponer que sí. Pero no me explico cómo treinta personas han podido dejarse sorprender de manera tan fulminante que ninguna de ellas tuvo tiempo de avisarnos de lo que ocurría —masculló.

—Quizá los seres que los apresaron bloquearon previamente los sistemas de comunicación de corto alcance de la astronave, como ya hicieran antes con los de largo alcance —Opinó el holandés Henk.

—Sí, algo así debió ocurrir —repuso Kuter—. Si fueron capaces de dejarnos incomunicados con la Tierra, aun antes de que nos hallásemos en su planeta, no les sería difícil impedir que Chris Lowell y los demás pudieran comunicarse con nosotros.

—Lo raro es que tampoco aquí existen señales de lucha… —observó el cubano Orlando.

—Revisemos la astronave de arriba abajo —indicó Kuter—. Tal vez encontremos algo que nos ayude a aclarar este. misterio.

Abandonaron el puente de mando.

De pronto, Henk Ran exclamó:

—¡Comandante!

Todos se detuvieron al instante,

—¿Ha visto algo, Henk?

—¡Esteban ha desaparecido!

Stuart Kuter respingó, al comprobar que Esteban Ramírez, mexicano de origen, se había esfumado misteriosamente.

También Orlando Ríos y los otros dos miembros de la tripulación

denotaban perplejidad.

—Debió quedar en el puente —pensó Kuter, pues era la única explicación lógica.

—Pero, si salió delante de mí… —murmuró Henk.

—Quizá volvió por algún motivo. Regresemos al puente —indicó Kuter.

Los cinco hombres volvieron sobre sus pasos.

Segundos después, comprobaban que Esteban Ramírez no estaba en el puente de mando.

—¿Dónde demonios se habrá metido? —masculló Kuter, y se volvió hacia sus hombres.

Abrió la boca al descubrir que tras él sólo se hallaban Henk y Orlando.

Los otros dos hombres, Bogdan Malinowski y Ruy da Silva, de origen polaco y brasileño, respectivamente, habían desaparecido.

Tan misteriosamente como el mexicano Esteban Ramírez.

—¿Ocurre algo, comandante? —preguntó Henk, que aún no se había percatado de la desaparición de dos nuevos compañeros.

Tampoco Orlando se había dado cuenta de ello.

Stuart Kuter extendió el brazo y musitó:

—Bogdan y Ruy se han evaporado…

Henk y Orlando respingaron a dúo y volvieron rápidamente la cabeza.

—¡Por todos los diablos! —exclamó el holandés.

—¡Esto es cosa de brujería, comandante! —dijo el cubano.

—¿Qué clase de planeta es éste, donde los seres humanos desaparecen como el humo? —barbotó Henk, apretando con rabia su pistola de rayos láser.

—No lo sé, muchachos —respondió Stuart Kuter, mirando a su

alrededor—. Jamás me había encontrado en una situación semejante.

—Es como luchar contra un enemigo invisible —masculló Orlando.

—Intentemos llegar a la *Sycrom-18* —indicó Kuter.

—Me temo que no lo lograremos, señor —opinó Henk.

—Caminaremos los tres unidos, en línea. De ese modo, si alguno más desaparece, los otros dos se darán cuenta y sabrán cómo diablos ocurre.

Así lo hicieron.

Caminando prácticamente hombro contra hombro, salieron los tres del puente de mando.

Las pistolas láser firmemente empuñadas.

Stuart Kuter iba en el centro.

A su derecha, el holandés Henk.

A su izquierda, el cubano Orlando.

Avanzaban despacio.

Observándose mutuamente por el rabillo del ojo.

Repentinamente, Stuart Kuter se quedó clavado.

¡Henk y Orlando habían desaparecido...!

CAPITULOVIII

Sí.

Stuart Kuter se había quedado solo.

Henk Ran y Orlando Ríos habían desaparecido los dos al mismo tiempo.

En sólo una milésima de segundo.

Stuart Kuter pensó que tal vez continuasen allí, a su lado, sólo que él, por alguna causa misteriosa, no podía verlos. Eso mismo ocurrió con aquel maldito planeta.

El radar detectaba su presencia en el espacio sideral y el computador proporcionaba datos sobre él, pero nadie lo veía.

Stuart Kuter alargó la mano y palpó el aire.

Sí, sólo eso.

El aire.

Se convenció, pues, de que Henk y Orlando no estaban junto a él, ni visibles ni invisibles.

Alguien se los había llevado.

Alguien que tenía un poder infinito.

Toda la tripulación estaba en manos de ese desconocido ser.

Y quizá también las tripulaciones de la*Júpiter* y la *Neptuno*.

Sólo quedaba él.

Stuart Kuter apretó los dientes.

Quieto.

Sin dar un paso.

Sospechaba que no tardaría en seguir idéntica suerte que los miembros de su tripulación.

Así fue.

Apenas unos segundos después, sin que pudiera darse cuenta de cómo sucedía, se encontró en un lugar desconocido.

Una especie de laberinto, contúneles que se entrecruzaban.

Unos túneles de algo más de dos metros y medio de altura; por uno y medio de anchura, cuyas paredes, totalmente lisas, despedían una extraña fluorescencia, proporcionando una exótica luz, gracias a la cual se podía caminar perfectamente por aquellas misteriosas galerías.

Stuart Kuter comprobó que su pistola de rayos láser continuaba en su diestra.

Bien.

Teniendo una pistola en la mano, no le asustaba nada.

Echó a andarpor uno de aquellostúneles de paredesluminosas.

El suelo era blando.

Arenoso.

Pero aquella arena no era rojiza, como la de ía vasta playa, sino azulada.

De pronto, Stuart Kuter se detuvo.

Acababa de descubrir pisadas.

Pisadas humanas.

De hombre, a juzgar por su tamaño.

Pensó rápidamente en Henk y Orlando, pues las pisadas eran dobles.

Siguió aquellas huellas.

—¡Henk!... ¡Orlando!—llamó.

Oyó su propia voz repetidas veces, cada vez más lejana, hasta que desapareció por completo.

Era el eco que existía en el laberinto, cuyas paredes devolvían el sonido.

Stuart Kuter siguió andando.

Apenas había dado cuatro pasos, cuando escuchó la voz del holandés:

—¡Aquí, comandante Kuter!

El eco le despistó un poco, pero, pese a ello, le pareció que la voz de Henk Ran procedía del fondo de la galería que él había tomado.

Stuart Kuter caminó ahora con más rapidez.

—¡Vuelvan sobre sus pasos, muchachos! —indicó—. ¡Estoy siguiendo sus huellas!

Henk y Orlando hicieron caso a su comandante y, pocos segundos después, se encontraban en el túnel.

—¿Están bien, muchachos? —preguntó Kuter, la alegría reflejada en el rostro.

—Perfectamente, señor —respondió Henk, quien, al igual que Orlando, también expresaba su contento—. ¿Y usted...?

—Sí, yo también estoy bien. ¿Qué hay de Esteban, Bog-dan, Ruy, y los demás?

—No hemos visto a nadie, comandante —contestó el corpulento cubano.'

—Busquémoslos. No deben andar lejos.

Se pusieron los tres en movimiento.

—¿Cómo hemos venido a parar aquí, comandante? —preguntó Henk.

—No tengo idea, muchachos.

—Estábamos en la astronave, y de pronto...

—¡Mire, comandante, hay pisadas en aquel túnel! —exclamó Orlando, interrumpiendo a su compañero.

—Lo tomaremos. Vamos —indicó Kuter.

Se adentraron por aquella galería, idéntica a todas las demás.

—¡Esteban, Bogdan, Ruy! —llamó Kuter, con la mano izquierda colocada junto a la boca, para proporcionar un mayor alcance a su voz.

—¡Eh, muchachos, es el comandante Kuter! —oyeron exclamar al mexicano Esteban.

Instantes después, los seishombres se hallaban juntos.

—¡Qué alegría, comandante! —dijo Esteban Ramírez—. Temíamos no volverle a ver.

Stuart Kuter sonrió.

—Todos seguimos la misma suerte, muchachos. Sólo que a etapas.

—¿Cree usted que lograremos salir de este laberinto de túneles, señor? —preguntó el polaco Bogdan.

—Espero que sí.

—Yo lo veo difícil, señor —intervino el brasileño Ruy—. Unos túneles conducen a otros, pero ninguno tiene salida.

—Tiene que existir alguna. Trataremos de encontrarla. Vamos, muchachos.

Echaron los seis a andar.

***

Unos minutos después, se tropezaban con un grupo de miembros de la tripulación.

Ocho, en total.

Entre ellos, Takao Sonoda, Tamara Vlasova, y Stefanía Morelli.

La alegría que sintieron todos fue inmensa.

Hubo abrazos, besos, saltos de júbilo...

—¡Comandante Kuter, qué alegría! —exclamó la hermosa Tamara,

abrazándose sin recato a su superior.

Stuart Kuter, dubitativo al principio, acabó rodeando con sus brazos el esbelto cuerpo de la muchacha, cuyos senos sintió contra su pecho, percibiendo su firmeza y el calor que emanaba de ellos.

—¿Se encuentra bien, Tamara?

—Sí, comandante. Pero he pasado mucho miedo.

—¿Todavía lo siente?

—No, ya no.

—Me alegro.

Tamara Vlasova se separó de él,como avergonzada.

—Disculpe que me haya abrazado a usted, comandante, pero estaba tan contenta...

Kuter sonrió.

—Yo también estoy contento, Tamara. Y no me ha molestado su espontáneo abrazo, sino todo lo contrario.

—¿De veras no le ha parecido una falta de respeto, señor... ? —se alegró la joven.

—Es que no ha sido una falta de respeto, sino una muestra de afecto, que yo aprecio en lo que vale. Afecto que, por otra parte, es recíproco.

Tamara Vlasova le sonrió maravillosamente.

—Gracias, comandante Kuter.

Stuart Kuter la miró con fijeza.

—¿Sabe una cosa, Tamara?

-¿Qué?

—La extraña luzde estos túneles la favorece.

—¿Usted cree, señor?

—Sí, acentúa su belleza, ya de por sí rutilante.

—Es usted muy galante, comandante Kuter.

—Discúlpeme,Tamara;tengo que hablar con Takao.

Stuart Kuter se separó de la turbadora Tamara Vlasova y se acercó a Takao Sonoda, el piloto de la*Vulcano,* que dialogaba con Henk Ran y Orlando Ríos.

—¿No saben nada de Chris Lowell y los demás, Takao?

—Los estábamos buscando, señor —respondió el japonés—. Tienen que est'ar por aquí, lo que pasa es que este laberinto es tan inmenso y tan complicado, que nos vamos encontrando unos a otros poco a poco.

—¿No han descubierto ninguna salida?

—Hasta ahora, no, señor. Todo son galerías y más galerías, pero ninguna de ellas tiene salida.

Stuart Kuter dio un suspiro e indicó:

—Sigamos buscando a nuestros compañeros.

***

Quince minutos después, se encontraban con otros diez miembros de la tripulación.

Volvieron a repetirse las escenas de júbilo.

Escenas que tuvieron lugar nuevamente cuando, algunos minutos más tarde, hallaban a Chris Lowell, el doctor Richter, y los restantes miembros de la tripulación.

Ya estaban todos juntos.

Desorientados en aquel interminable laberinto, pero juntos.

Tamara Vlasova golpeó con el codo a Stefanía Morelli.

—Abraza a Chris, Stefanía.

—¿Que le abrace...? —respingó la italiana.

—Yo abracé al comandante Kuter, y me dio un resultado excelente.

—Sí, ya lo vi.

—Anda, no seas tímida —insistió Tamara, empujando a su compañera.

La lanzó prácticamente sobre Chris Lowell.

El segundo de a bordo de la*Vulcano* quedó visiblemente sorprendido, al encontrarse de pronto entre sus brazos a la guapa italiana.

—Stefanía...—murmuró.

—Hola, Chris —le sonrió nerviosamente la joven—. ¿Estás bien?

—Nunca me he sentido mejor —respondió Lowell, apretándola suavemente contra sí.

—No te aproveches de la situación.

—Perdona, pero has sido tú quien se ha abrazado a mí.

—Impulsada por la alegría que me ha producido encontraros a todos.

—¿Ya no estás enfadada conmigo?

—No he olvidado el pellizco que me diste, si te refieres a eso.

—Perdóname, Stefanía. —Fuiste muy atrevido, Chris.

—No volveré a tomarme libertades contigo, te lo prometo.

—Ya te las estás tomando.

—¿Qué?

—Me estás apretando cada vez con más fuerza.

Lowell aflojó la presión de sus brazos.

—Disculpa, Stefanía —carraspeó.

—Así me gusta —sonrió la italiana, y le dio un beso en los labios.

Muy fugaz, eso sí.

Suficiente, no obstante, para que Chris Lowell quedara perplejo.

—¿Por qué me has besado, Stefanía...?

—Porque te estás volviendo un buen chico —respondió la muchacha, y se separó de él, reuniéndose con Tamara Vlasova, que no se había perdido detalle.

—¡Has estado genial, chica! —exclamó, sin alzar la voz, la bella Tamara.

—¿Tú crees? —sonrió Stefanía.

—¡Si le has dado un beso y todo!

—Lo hice sin pensar.

—Pues ha causado un gran efecto en Chris. ¡Mira, siparece que no se lo cree!

—Claro. Me he mostrado siempre tan arisca con él...

—Lo tienes en el bote, Stefanía.

—Vamos, no exageres.

—¿Quieres apostar algo?

—Chris es un tipo difícil de enamorar, Tamara. Hará falta algo más que un beso fugaz, para conseguirlo.

—Si tú estás dispuesta a ofrecérselo...

—Sí, estoy dispuesta.

—Pues, en cuanto se presente la ocasión, ya sabes.

—No la desperdiciaré, te lo aseguro.

Las dos jóvenes rieron alegremente.

***

A una indicación de Stuart Kuter, todos se pusieron en movimiento.

Cruzaron docenas de galerías.

Cuando ya empezaban a desesperar de hallar una salida, alguien surgió frente a ellos.

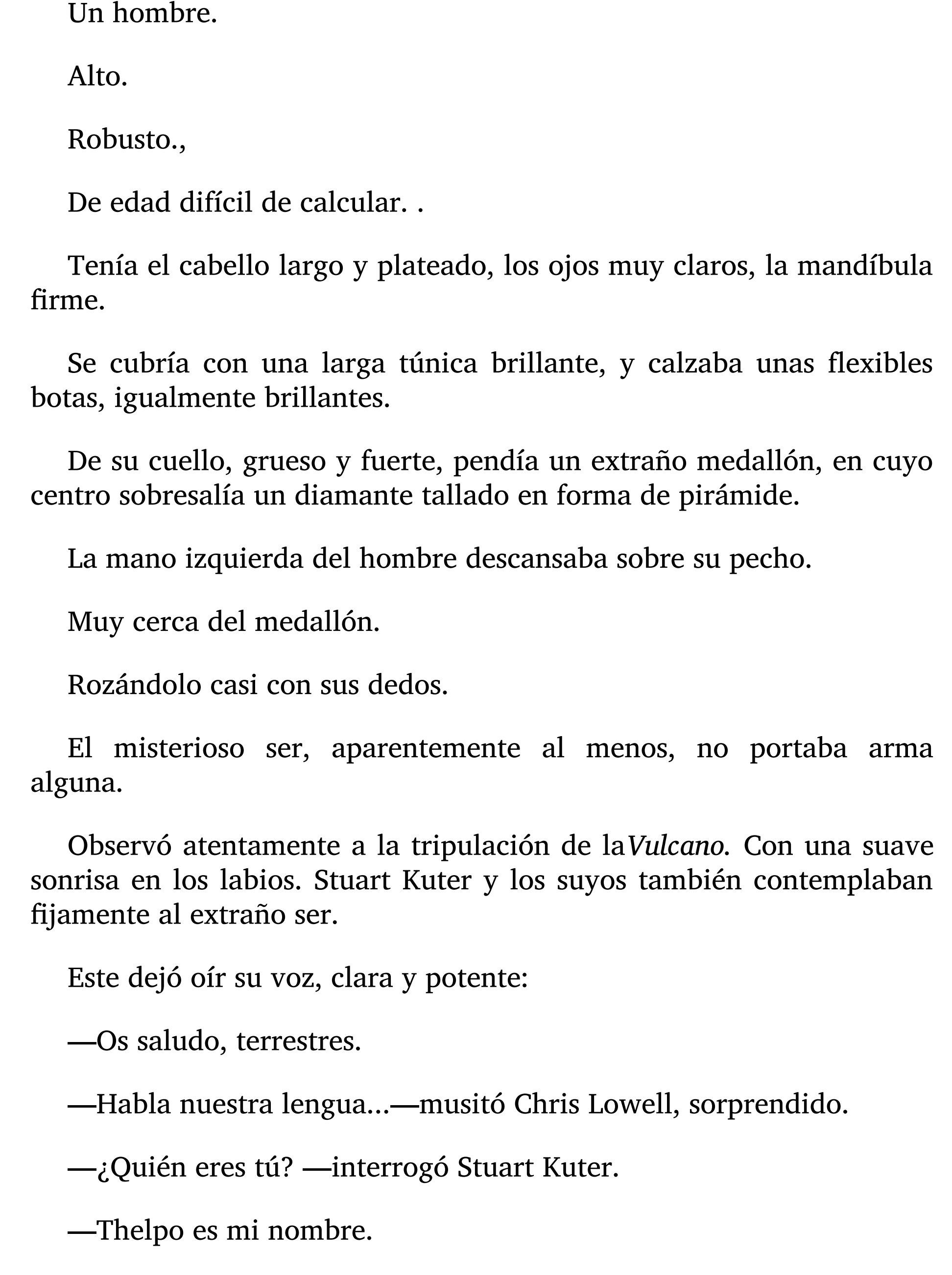
Súbitamente.

De aquel modo tan misterioso y tan extraño con que surgiera en el espacio infinito el planeta donde ahora se encontraban.

Sí.

Como un fantasma.

CAPITULOIX



Pero, evidentemente, no era un fantasma.

Era un ser de carne y hueso.

Un hombre.

Alto.

Robusto.,

De edad difícil de calcular. .

Tenía el cabello largo y plateado, los ojos muy claros, la mandíbula firme.

Se cubría con una larga túnica brillante, y calzaba unas flexibles botas, igualmente brillantes.

De su cuello, grueso y fuerte, pendía un extraño medallón, en cuyo centro sobresalía un diamante tallado en forma de pirámide.

La mano izquierda del hombre descansaba sobre su pecho.

Muy cerca del medallón.

Rozándolo casi con sus dedos.

El misterioso ser, aparentemente al menos, no portaba arma alguna.

Observó atentamente a la tripulación de la*Vulcano.* Con una suave sonrisa en los labios. Stuart Kuter y los suyos también contemplaban fijamente al extraño ser.

Este dejó oír su voz, clara y potente:

—Os saludo, terrestres.

—Habla nuestra lengua...—musitó Chris Lowell, sorprendido.

—¿Quién eres tú? —interrogó Stuart Kuter.

—Thelpo es mi nombre.

—¿Nos has traído tú a este laberinto?

—Sí.

—¿Cómo?

—Mi poder es grande, comandante Kuter.

—Oh, conoces mi nombre...

—El tuyo, y el de todos los miembros de tu tripulación.

—¿Por qué nos has traído a este lugar?

—Para hablar con vosotros.

—Podíamos haber hablado en la astronave.

—Sí, pero yo preferí que fuera aquí.

—¿Por qué?

—Porque este lugar no tiene salida alguna, no podréis abandonar el laberinto de túneles sin mi ayuda.

Los miembros de la tripulación de la *Vulcano* se miraron unos a otros, visiblemente preocupados.

De las palabras de aquel ser llamado Thelpo, se deducía claramente que se hallaban en sus manos.

Tendrían que hacer cualquier cosa que él les pidiera, si no querían morir todos en aquel maldito laberinto.

Stuart Kuter preguntó:

—¿Qué quieres de nosotros, Thelpo?

—Que os quedéis a vivir en Madox —respondió el ser.

—¿Se llama así este planeta?

—Sí.

—¿Porquéquieresquenosquedemosavivirentu planeta?

—Porque habéis descubierto que existe, pese a que yo lo mantengo invisible, y eso sólo me deja dos caminos: aceptaros en mi planeta, o eliminaros a todos. Y no me gustaría tener que hacer lo segundo.

—¿Por qué no quieres que se sepa que Madox existe? —inquirió Kuter.

—En Madox amamos la paz y la tranquilidad, y no la tendríamos si empezasen a llegar astronaves de otros planetas. Del vuestro, la Tierra, ya han llegado tres.

—Si la primera de ellas, la*Júpiter,* no hubiera desaparecido misteriosamente, la *Neptuno* no habría venido en su busca. Ni la*Vulcano,* en busca de ambas —replicó Kuter.

—Si la*Júpiter* no hubiera descubierto la existencia de nuestro planeta, nada de esto habría sucedido.

—¿Qué ha sido de las tripulaciones de la *Júpiter* y la *Neptuno?*

—Todos están perfectamente.

Stuart Kuter entornó los ojos.

—¿Quieres decir que aceptaron quedarse a vivir para siempre en Madox?

Thelpo asintió con la cabeza.

—Así es, comandante Kuter.

—No puedo creerlo.

—¿Por qué no? Entre quedarse en Madox, o morir de hambre y de sed en este laberinto…

Se produjo un silencio.

Tenso.

Peligroso.

Algunos de los miembros de la tripulación de la*Vulcano* sintieron deseos de disparar sobre Thelpo y convertirlo en cenizas, pero se contuvieron.

Si acababan con él, ¿quién les sacaría de allí?

El laberinto no tenía salida, Thelpo lo había dicho.

Sólo él podía salvarles de la muerte.

O condenarles a ella, dependía de la respuesta que le diera el comandante Kuter.

Thelpo, siempre con aquella suave sonrisa en los labios, explicó:

—Vivir en Madox no es malo, comandante Kuter. Aquí gozamos de todos los placeres. Nuestra comida es rica, variada, y abundante. Nuestro clima, perfecto. Nuestra tecnología, avanzada. Nuestras mujeres, hermosas, obedientes, y cariñosas. Nuestros hombres, sanos, fuertes y nobles. No tendréis ningún problema de adaptación, os lo aseguro. Seréis felices en Madox, os lo puedo garantizar. Los hombres y las mujeres que viajaban en la *Júpiter* y en la *Neptuno,* ya lo son, ellos mismos os lo confirmarán.

—Tendremosque «pensarlo,Thelpo —respondióKuter.

—De acuerdo, me ausentaré un tiempo prudencial —aceptó el habitante de Madox—. Pero, cuando vuelva, os exigiré una respuesta sincera y concreta —advirtió.

—La tendrás.

—Bien.

Thelpo manipuló el precioso diamante incrustado en su medallón y desapareció en el acto.

Stuart Kuter y su gente continuaron unos instantes quietos, los ojos fijos en el lugar donde hasta poco antes se hallara el habitante de Madox.

—El talThelpo es un brujo… —murmuró Chris Lowell, asombrado.

—Un mal bicho, eso es lo que es —masculló Henk Ran.

—Sí, nos ha puesto entre la espada y la pared —rezongó Orlando Ríos.

—Onos quedamos para siempre en este maldito planeta,o nos mata a todos de hambre y de sed —gruñó Takao Sonoda.

Tamara Vlasova miró a Stuart Kuter.

—¿Qué opina usted, comandante Kuter?

Todos los ojos se volvieron hacia el comandante de la*Vulcano,* en espera de su respuesta.

Stuart Kuter,tras unos segundos de silencio,contestó:

—Es obvio que, por nuestros propios medios, jamás conseguiremos salir de este laberinto. Y, aunque lo lográramos, de poco serviría, teniendo en cuenta el extraordinario poder de Thelpo. Nos volvería a atrapar a todos y nos enviaría a un sitio peor. Mi opinión, pues, es que debemos aceptar su proposición.

Stefanía Morelli pestañeó.

—¿Quedarnos a vivir para siempre en este planeta, comandante Kuter...?

Stuart Kuter sonrió.

—Siempre es mucho tiempo, Stefanía.

—Yo quiero volver a la Tierra, comandante —dijo Esteban Ramírez.

—Y yo —dijo Ruy da Silva.

—Lo mismo digo, comandante —manifestó Bogdan Malinowski.

Kuter levantó los brazos, rogando silencio, y habló:

—Yo también deseo regresar a la Tierra, muchachos. Pero, para ello, el primer paso es salir de este laberinto, y sólo Thelpo puede sacarnos. Una vez fuera, estudiaremos las posibilidades que tenemos de escapar del poder de Thelpo. Aunque sólo haya una, y por muy remota que sea, intentaremos la huida, lo prometo.

—El comandante Kuter 'tiene razón —opinó Chris Lowell—. Tenemos que aceptar la proposición de Thelpo, si queremos salir de esta gigantesca ratonera. Luego, ya veremos lo que pasa.

—Yo estoy de acuerdo —dijo Tamara Vlasova.

—Y yo —manifestó Stefanía Morelli.

Henk, Orlando, Esteban, Bogdan, Ruy, Takao, el doctor Richter, y los restantes miembros de la tripulación, dieron también su conformidad, convencidos ya dé que no tenían elección.

***

Habrían transcurrido unos quince minutos, cuando Thelpo apareció de nuevo ante ellos.

Sonriente, como la otra vez.

—¿Habéis tomado ya una decisión, comandante Kuter? —inquirió, la mano izquierda siempre cerca del medallón.

—Sí, la hemos tomado —asintió Stuart Kuter.

—¿Y cuál es...?

—No queremos morir, nos quedamos en Madox.

Thelpo ensanchó su sonrisa.

—Me satisface enormemente, comandante Kuter.

—¿Cuándo vas a sacarnos de aquí?

—Ahora mismo. Pero antes...

-¿Qué?

—Debéis deshaceros de vuestras pistolas de rayos láser —indicó Thelpo—. En Madox nadie va armado, no es necesario.

Stuart Kuter vaciló.

Finalmente, extrajo su pistola de la funda y la arrojó a los pies de Thelpo.

—Obedezcan, muchachos —rogó a su gente.

Chris Lowell fue el primero en imitarle.

A regañadientes, pero se deshizo de su arma. Los demás obedecieron también.

En poco más de dos minutos, todas las armas terrestres yacían amontonadas delante de Thelpo.

Este manipuló su valioso medallón y el montón de pistolas de rayos láser desapareció instantáneamente.

—No os mováis de aquí y manteneos agrupados —indicó Thelpo—.

Dentro de un instante estaréis todos fuera del laberinto.

Tocó de nuevo el diamante tallado en forma de pirámide y también él desapareció.

—¿Será verdad que nadie va armado en este planeta, comandante? —Murmuró Chris Lowell.

—Sí, es posible que sea cierto —respondió Kuter.

—Eso puede facilitarnos las cosas, ¿no?

—Indudablemente. Pero tenemos que andar con mucho cuidado, el poder de Thelpo es inmenso.

—Si lográramos sorprenderle, y arrebatarle el medallón…

—No lo intentaremos hasta que yo diga,¿entendido? —advirtió Kuter. —Sí, comandante —asintió Lowell.

Stuart Kuter iba a añadir algo, pero no le dio tiempo.

En menos de lo que se tarda en dar un pestañeo, todos se hallaron fuera del laberinto de túneles.

En un lugar maravilloso.

Fantástico.

Increíble.

Un auténtico paraíso.

CAPITULOX

El suelo estaba totalmente cubierto de césped, verde y tupido.

Había, también, numerosas plantas con flores de variado colorido y algunos árboles frutales.

A unos treinta metros de donde se hallaba la tripulación de la*Vulcano,* se veía un precioso lago, de aguas muy limpias, en el cual se bañaban algunos hombres y mujeres, completamente desnudos, al parecer.

Tendidos sobre la fresca hierba había también varias docenas de personas.

Tanto los hombres como las mujeres vestían cortas túnicas y calzaban ligeras botas.

A las mujeres, la túnica les dejaba al descubierto el seno izquierdo.

En torno al maravilloso lago, se alzaban unos extraños habitáculos, de no más de seis metros de altura y otros tantos de anchura. Algunas personas entraban y salían de ellos.

La súbita aparición del grupo de terrestres llamó, lógicamente, la atención de todos.

Stuart Kuter y su gente descubrieron rápidamente que algunos de aquellos hombres y mujeres eran terrestres.

Miembros de las tripulaciones de la*Júpiter* y la *Neptuno.*

Kuter reconoció a Valeri Silov, comandante de la*Neptuno,* y a Klaus P. Welbeck, comandante de la *Júpiter.*

Ambos se pusieron en pie y se aproximaron al grupo de recién llegados.

También ellos conocían a Stuart Kuter.

Estrecharon la mano del comandante de la*Vulcano,* en presencia de Thelpo.

Este, siempre sonriente, dijo:

—Os dejo unos minutos para que habléis de vuestras cosas,

terrestres. Luego os indicaré cuáles serán vuestras viviendas, comandante Kuter.

Thelpo se alejó, encaminándose hacia uno de los habitáculos.

—¿Todos bien, comandante Kuter? —preguntó Valeri Silov, de unos treinta y ocho años de edad y fuerte constitución.

—Sí —respondió Stuart Kuter—. ¿Y ustedes...?

—De maravilla —sonrió ampliamente el comandante de la*Neptuno.*

—Eso me dijo Thelpo.

Klaus P. Welbeck, el comandante de la*Júpiter,* dos años mayor que Valeri Silov, alto y fornido también, aseguró:

—No creo que exista un lugar mejor que éste en todo el Universo, comandante Kuter.

—¿Es cierto, entonces, que viven ustedes felices en Madox?

—Totalmente cierto, comandante Kuter —asintió Silov—. Nos acordamos mucho, qué duda cabe, de la Tierra. Familiares, amigos... Pero comprendemos que no podemos volver, y ya nos hemos hecho a la idea de pasar el resto de nuestros días aquí.

—Nos adaptamos pronto a la forma de ser y de vivir de los habitantes de Madox —agregó Welbeck—. Son encantadores, créame. Especialmente, sus mujeres —puntualizó, con una pícara sonrisa.

Stuart Kuter se fijó mejor en las hembras de Madox.

Sí.

Eran terriblemente hermosas.

Todas.

Sin excepción alguna.

Klaus P. Welbeck profetizó:

—Ustedes también se adaptarán rápidamente, comandante Kuter. Stuart Kuter lo miró.

—Nosotros no pensamos quedarnos para siempre en Madox,

comandante Welbeck.

—Si tienen planeado escapar, olvídenlo —aconsejó el comandante de la *Júpiter,* moviendo la cabeza—. No existe la menor posibilidad, puede creerme.

—¿Lo han intentado ustedes?

—No —respondió Valeri Silov—. El poder de Thelpo es infinito, nadie puede abandonar el planeta, si no cuenta con su autorización. Y él no quiere que lo abandonemos.

—Encontraremos el modo de hacerle cambiar de idea.

—No lo intenten, comandante Kuter —aconsejó Silov—. Thelpo se enfurecería y los castigaría severamente. Con la muerte, talvez...

—Correremos ese riesgo.

—Veo que están decididos, ¿eh?

—Totalmente. Mi tripulación quiere regresar a la Tierra, y yo, también.

—De acuerdo, no quiero quitarles la idea. Pero sí les ruego una cosa, comandante Kuter.

-¿Qué?

—No intenten la huida hasta dentro de unos días.

—¿Porqué?

Valeri Silov sonrió.

—Es muy posible que, para entonces, ya no deseen abandonar Madox.

—Nada nos hará cambiar de idea, comandante Silov —aseguró Kuter.

—Ya veremos.

Mientras Stuart Kuter, Klaus P. Welbeck y Valeri Silov dialogaban, algunos miembros de las tripulaciones de la*Júpiter* y la *Neptuno* se habían aproximado a la tripulación de la *Vulcano,* y ya cambiaban impresiones con ellos.

—¿Os obligó Thelpo a vestir como su gente? —interrogó Tamara Vlasova, asombrada de que también las mujeres terrestres mostrasen totalmente el pecho izquierdo, y sin el menor rubor, al parecer.

—Bueno, tanto como obligarnos... Se limitó a sugerirnos que debíamos vestir como los habitantes de Madox, para así identificarnos más pronto con ellos —explicó una de las chicas.

—Ya.

—Estas túnicas son ligeras y cómodas —dijo otra de las chicas.

—Y atrevidas —añadió Stefanía Morelli.

—¿Lo dices porque sólo cubren un seno?

—Sí, por eso lo digo.

—¿Acaso no mostramos los dos eh la Tierra, cuando nos bañamos en la playa o en una piscina?

—No es lo mismo —rezongó la italiana.

—Yo no veo la diferencia, chica.

—Ni yo —opinó Chris Lowell.

Stefanía lo fulminó con la mirada.

Tamara Vlasova se apresuró a clavarle el codo a la italiana.

—No lo estropees, Stefanía —rogó por lo bajo.

—¿Qué es lo que no quieres que estropee?

—Lo que habías adelantado con Chris.

—Me irrita que mire con tanta atención los pechos que las túnicas dejan al descubierto.

—No es el único —sonrió Tamara.

—No, ya lo veo —masculló la italiana.

El holandés Henk observó:

—Las mujeres de Madox están como para merendárselas.

—Sí, son bellísimas —convino uno de los miembros de la tripulación de la *Júpiter.*

—¿Y qué tal os tratan? —quiso saber el cubano Orlando.

—Maravillosamente, chico. Son de lo más dulces y complacientes.

—¿Sabéis que empieza a gustarme esto, muchachos? —dijo Chris Lowell, provocando algunas risas.

Stefanía Morelli estuvo a punto de atizarle un soberano puntapié en la espinilla, pero recordó las palabras de TamaraVlasova y se contuvo.

Un instante después, Thelpo salía del habitáculo donde minutos antes se introdujera, y se acercaba al grupo de terrestres.

—¿Queréis seguirme, comandante Kuter? —rogó.

Stuart Kuter y su gente se dejaron conducir por el ser que mandaba en Madox, el cual los fue alojando en los distintos habitáculos.

Cada habitáculo constaba de dos plantas.

En la inferior, estaba lo que se suponía era una pequeña cocina, y una especie de sala de estar-comedor, extrañamente decoradas ambas piezas, pero cómodas y acogedoras.

En la superior, a la que se accedía por una escalera de caracol, con peldaños de cristal amarillo, el dormitorio y el cuarto de baño.

Thelpo destinó un habitáculo para cada terrestre.

Stuart Kuter fue el último en instalarse en unode ellos.

Thelpo le aconsejó, como a todos, que se cambiara de ropa.

—Te sentirás más cómodo, comandante Kuter —le dijo.

—Seguro.

—¿Qué te pasa, por qué no sonríes nunca?

—¿Olvidas que soy un prisionero, Thelpo?

—Eso no es verdad, comandante Kuter.

—No podemos abandonar Madox.

—Pero podéis vivir libremente en él.

—Madox no es nuestro mundo.

—No, eso es cierto.

—¿Cómo te sentirías tú en la Tierra, sabiendo que no se te permitiría regresar jamás a Madox?

—Triste, supongo.

—Pues así me siento yo.

—Lo comprendo, comandante Kuter. Pero tú también debes comprender que yo no puedo hacer otra cosa.

—Sí que puedes, pero no quieres.

—Si os permitiera regresar a la Tierra, no tardaríais en volver con muchas astronaves, y Madox ya no sería un planeta tranquilo y pacífico.

—¿Y si yo te prometiera que jamás otra astronave terrestre se acercará a Madox?

—Tú no puedes prometer eso, comandante Kuter. No eres el presidente de la Confederación Terrestre.

—Pero puedo conseguir que él respete mi promesa.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente.

—Me gustaría creerte, pero no puedo. La paz de Madox depende de ello, y no debo arriesgarla.

—Pero…

—Luego te veré, terrestre —le interrumpió Thelpo, y abandonó el habitáculo.

CAPITULOXI

Stuart Kuter se relajó.

Había estado tentado de saltar sobre la espalda de Thelpo, sujetarle los brazos, y arrebatarle el medallón.

Pero todavía no era el momento.

Había que averiguar muchas cosas, antes de intentar la huida.

Probablemente, no todo el poder de Thelpo estaba en aquel diamante en forma de pirámide que él manipulaba cuando lo creía necesario.

Eso era lo primero que debía averiguar.

Stuart Kuter empezó a subir la escalera de caracol que conducía a la planta superior.

Había salvado sólo tres peldaños, cuando la puerta del habitáculo se abrió, dando paso a un habitante de Madox.

Tan alto y tan robusto como Thelpo, pero más joven.

Unos treinta años, aparentaba.

El individuo se quedó parado junto a la puerta, mientras ésta se cerraba automáticamente.

Miró fijamente al comandante de la*Vulcano*.

Stuart Kuter descendió los tres peldaños de cristal amarillento y se acercó al hombre de Madox.

—¿Quién eres tú?

—Me llamo Nasbo.

—Veo que también has aprendido a hablar nuestra lengua, ¿eh?

—Sí.

—¿Qué quieres?

—Hacerte una interesante proposición, comandante Kuter.

—Habla.

—Queréis regresar a vuestro planeta, ¿verdad?

—Sí.

—Yo puedo conseguirlo.

Kuter entrecerró un ojo.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Y qué me pides a cambio?

—Que mates a Thelpo.'

Hubo un largo silencio.

StuartKuter y eltal Nasbo se miraban alosojos.

Con fijeza.

Sin un pestañeo.

—¿Por qué deseas que Thelpo muera? —interrogó Kuter.

—Si él muere, yo mandaré en Madox.

—Entiendo.

—Yo os permitiría regresar a la Tierra, comandante Kuter.

—¿Tú no temes que se conozca la existencia de Madox?

—No.

Stuart Kuter se acarició el mentón, pensativo.

—No será fácil acabar con Thelpo, Nasbo.

—Yo te diré cuándo, dónde, y cómo. Te aseguro que no tendrás dificultades.

—Si tan sencillo es, ¿por qué no le matas tú mismo?

Los ojos del habitante de Madox brillaron.

—No creas que es por falta de valor, terrestre.

—¿Cuál es la razón, entonces?

—Thelpo es querido y respetado por la mayoría, no me perdonarían su muerte.

—Oh, ya lo entiendo —cabeceó Kuter—. Matándolo yo, nadie sospecharía que tú planeaste su fin.

—Exacto.

—Pero las iras de los muchos partidarios de Thelpo caerían entonces sobre mí y sobre los demás terrestres...

—No debes preocuparte por eso. Yo les haré creer que os arrojo.a todos a la jungla, para que seáis devorados por los enormes y feroces animales, pero será a vuestras astronaves donde os lleve.

—¿Cómo puedo estar seguro de que no me engañas?

El habitante de Madox elevó orgullosamente la barbilla.

—Nasbo no miente nunca, comandante Kuter.

—Tendrás que darme tiempo para pensarlo.

—No puedo.

—¿Quieres que te dé una respuesta... ahora?

—Sí.

—¿Por qué tanta prisa?

—Eso no

escosa tuya, terrestre.

Stuart Kuter se atusó la patilla.

—Bien, pues lo siento por ti, amigo Nasbo, pero mi respuesta es negativa.

Los músculos faciales de Nasbo se endurecieron.

—¿Rechazas mi proposición?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo?

—No, no es miedo. Es sólo que no deseo asesinar a Thelpo.

—El jamás os permitirá regresar a la Tierra.

—Yo no pierdo la esperanza de convencerle.

—No seas ingenuo.

—Hemos terminado, Nasbo.

La cara del habitante de Madox se congestionó peligrosamente.

—No, no hemos terminado, terrestre.

—¿Tienes que decirme algo más?

—Sí, que voy a romperte el cuello.

—¡Eh!,un momento.¿Por qué tenemos que pelear?

—Al rechazar mi proposición has firmado tu sentencia de muerte, comandante Kuter. Si te dejase con vida, podrías ir a contárselo todo a Thelpo.

—No temas, no pienso hacer tal cosa. A mí no me importan vuestros problemas. Además, nunca he sido un soplón.

—No voy a correr riesgos.

—Nasbo, te aseguro que...

Stuart Kuter no pudo acabar la frase, pues el habitante de Madox se arrojó sobre él como una fiera rabiosa y lo derribó.

Nasbo quiso atrapar el cuello del terrestre con sus fuertes manos, pero éste consiguió catapultarlo con sus rodillas, lanzándolo lejos.

Kuter se puso en pie velozmente.

Nasbo se erguía un par de segundos después.

Colérico, por haber fallado en su primer intento de acabar con el terrestre.

Stuart Kuter le apuntó con el dedo.

—No quiero hacerte daño, Nasbo, pero si me obligas...

—¡Te voy a partir en dos! —rugió el habitante de Madox, lanzándose nuevamente sobre el comandante de la *Vulcano*.

Kuter le propinó un seco golpe entre los ojos, con el canto de la mano, y lo frenó instantáneamente.

Un segundo después, le golpeaba en el costado.

Nasbo lanzó un grito de dolor y se dobló.

Kuter le golpeó entonces en la nuca.

Siempre con el filo de la mano.

Nasbo cayó de bruces y quedó inmóvil.

Privado del sentido, aparentemente.

Sí, sólo aparentemente.

En cuanto Stuart Kuter se inclinó sobre él, con intención de reanimarle, Nasbo le hundió el puño en el estómago.

El comandante de la*Vulcano* no pudo reprimir un grito, pues el golpe había sido tremendamente doloroso, y se derrumbó.

El traidor Nasbo cayó sobre él y comenzó a golpearle con saña, empleando ambos puños.

De un formidable derechazo se quitó de encima al habitante de Madox, quien comenzó a sangrar por la comisura de la boca.

Kuter se incorporó rápidamente.

También Nasbo, pese al castañazo recibido.

Kuter, sin apenas despegar los dientes, espetó:

—Eres una rata cobarde, Nasbo.

Este, ciego de ira, se abalanzó de nuevo sobre el terrestre.

Kuter, utilizando ahora solamente los puños, le dio toda una lección al habitante de Madox.

Rostro.

Tórax.

Estómago.

Hígado…

Todas esas partes de su anatomía resultaron alcanzadas limpiamente por los diestros puños del comandante de la *Vulcano,* sin que Nasbo encontrara la manera de detener el aluvión de golpes.

La fortaleza del habitante de Madox era mucha, pero acabó tendido en el suelo, ensangrentado y sin fuerzas para levantarse.

Stuart Kuter, jadeante y con los puños elevados, preguntó:

—¿Quieres más pelea, Nasbo?

—No… —murmuró el vapuleado ser de Madox.

—Entonces, levántate y lárgate. ¡Rápido!

Nasbo se incorporó, con grandes dificultades, y caminó hacia la puerta como un borracho, saliendo del habitáculo.

Stuart Kuter se pasó el dorso de la mano por debajo de la nariz, restañándose el hilo de sangre que le manaba del orificio izquierdo.

—Condenado Nasbo… —rezongo, y empezó a subir de nuevo la escalera de caracol.

Al llegar arriba se llevó una buena sorpresa.

Había otro habitante de Madox en el dormitorio.

De pie junto a la cama, que era muy baja.

En esta ocasión, no se trataba de un hombre, sino de una mujer.

Una muchacha de no más de veinte años.

Cabellos dorados como el oro.

Pechos altos y desarrollados.

Rotundas caderas.

Piernas esculturales…

Stuart Kuter se quedó muy quieto.

Contemplando a la chica, claro.

Había mucho que contemplar, gracias a la atrevida túnica.

La muchacha le sonrió dulcemente.

Como animándole a que se acercara a ella.

Pero Kuter, en lugar de aproximarse, preguntó:

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Thala —respondió la chica, cuya voz era tan dulce como su expresión.

—¿Qué diablos haces aquí, Thala?

—Thelpo me ordenó que te esperara en tu dormitorio.

—¿Para qué?

—Thala hará que te sientas a gusto en Madox, terrestre.

—Algo así me temía… —rezongó Kuter.

La apetecible habitante de Madox movió sus espléndidas piernas, con suavidad, rozando apenas el suelo con sus brillantes botas, y se situó delante del comandante de la *Vulcano*.

A un palmo escaso.

Sin decir nada, levantó sus delicadas manos, atrapó el cierre de la cremallera que abría el traje espacial de Stuart Kuter, y tiró de él hacia abajo.

Kuter la detuvo al instante, exclamando:

—¿Qué haces?

—El baño está dispuesto, terrestre.

—¿Baño? —respingó Kuter.

—Sí, Thala lo preparó.

—Thala es muy amable y muy servicial, pero yo ya soy mayorcito, y sé desnudarme solo.

—Debo hacerlo yo, terrestre.

—¿Por qué?

—Thelpo me lo ordenó.

Kuter entornó los ojos.

—¿Y qué más te ordenó?

—Cuando estés desnudo, te llevaré a la bañera y frotaré suavemente tu cuerpo con jabón aromático.

—Me lo figuraba —mascullό Kuter.

—Vamos, deja que Thala te desnude.

—Ni hablar.

—¿Qué pasa, eres vergonzoso? —sonrió simpáticamente la chica.

—No, no soy vergonzoso.

—Thala tampoco.

—A la vista está que no —rezongó Kuter, observando un instante el seno que la muchacha llevaba al descubierto, hermoso y tentador como pocos.

La habitante de Madox, sin duda adivinando lo que el comandante de la*Vulcano* estaba pensando en aquel momento, dijo:

—Puedes acariciarme, si quieres.

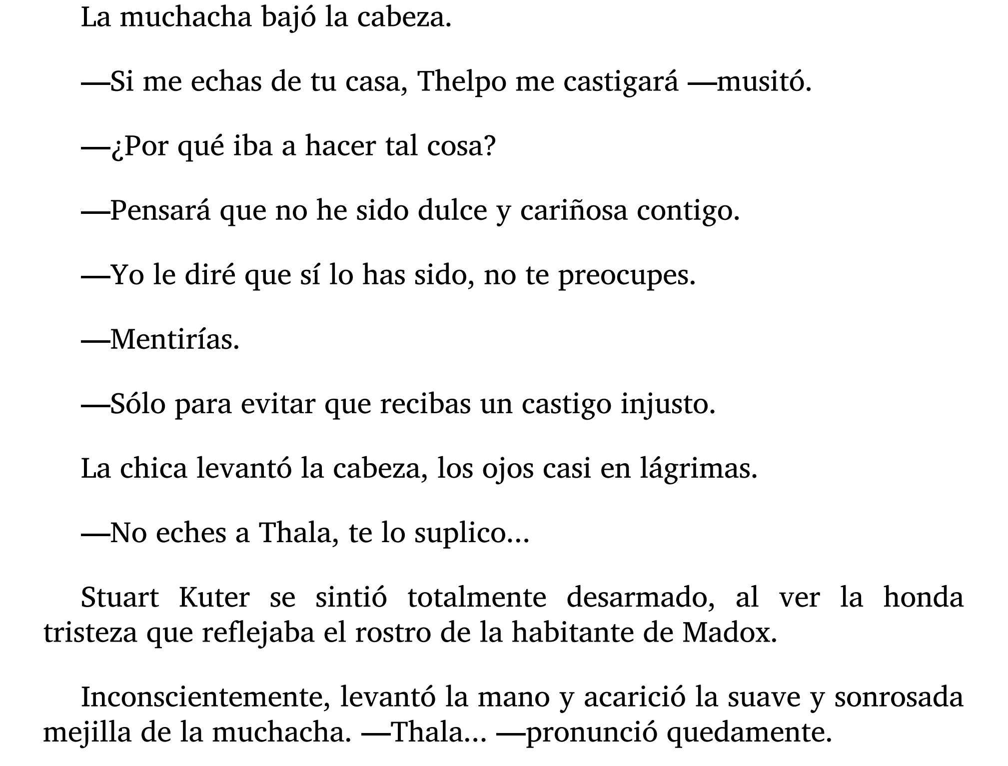
—Lo que quiero es que te marches.

La sonrisa desapareció del bello rostro de la chica.

—¿De veras deseas que Thala se marche? —Ahora mismo.

—¿No te gusto lo suficiente?

—Sí, claro que me gustas. Pero yo estoy acostumbrado a enjabonarme solo, ¿entiendes?'


La muchacha bajó la cabeza.

—Si me echas de tu casa, Thelpo me castigará —musitó.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—Pensará que no he sido dulce y cariñosa contigo.

—Yo le diré que sí lo has sido, no te preocupes.

—Mentirías.

—Sólo para evitar que recibas un castigo injusto.

La chica levantó la cabeza, los ojos casi en lágrimas.

—No eches a Thala, te lo suplico…

Stuart Kuter se sintió totalmente desarmado, al ver la honda tristeza que reflejaba el rostro de la habitante de Madox.

Inconscientemente, levantó la mano y acarició la suave y sonrosada mejilla de la muchacha. —Thala… —pronunció quedamente.

La cara de la chica se iluminó.

—¿Aceptas la compañía de Thala, terrestre…?

—Sí,puedes quedarte —respondióKuter,sonriéndole.

—¡Oh, gracias, gracias! —exclamó la muchacha, y tiró nuevamente del cierre de la cremallera del traje espacial del comandante de la *Vulcano*.

CAPITULOXII

Stuart Kuter y la hermosa Thala se hallaban tendidos en la baja cama, acariciándose mutuamente con suavidad, totalmente relajados.

El baño había quedado atrás.

Y el inevitable acto amoroso.

La habitante de Madox no puso objeciones.

Más bien fue ella quien lo sugirió, al despojarse de la corta túnica sin que Stuart Kuter se lo pidiera.

Sucedió apenas concluido el baño.

Thala, tras desprenderse de la túnica, se abrazó al comandante de la*Vulcano,* transmitiéndole todo el calor de su joven y sensual cuerpo.

Stuart Kuter la estrechó contra sí y la besó ávidamente.

Instantes después se hallaban en la cama, entregándose el uno al otro sin reservas.

Fue entonces cuando Kuter comprendió por qué los comandantes Silov y Welbeck, así como sus respectivas tripulaciones, se sentían tan a gusto en Madox.

Sus mujeres no sólo eran extraordinariamente deseables, sino ardientes y expertas amantes.

Madox era algo así como un Edén.

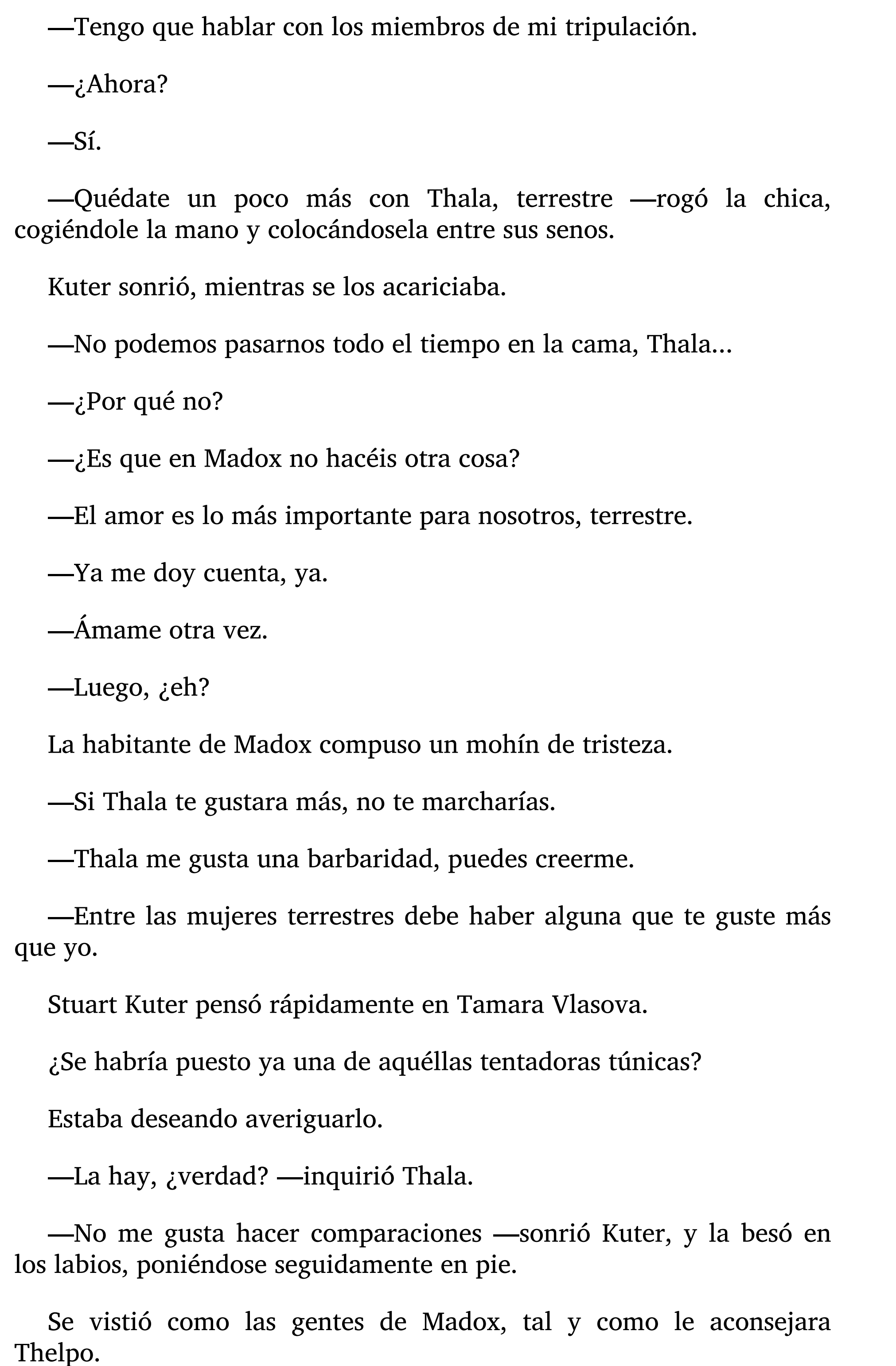
Pero él no iba a renunciar tan fácilmente a regresar a la Tierra.

Entre otras cosas, porque la Confederación Terrestre tenía que saber quetodos ellos estaban vivos, que ni la*Júpiter,* ni la *Neptuno,* ni la *Vulcano* habían sido destruidas.

Stuart Kuter besó suavemente los sabrosos labios de la muchacha de Madox y dijo:

—Te dejo, Thala.

—¿Por qué?—preguntó ella,con gesto de desilusión.



—Tengo que hablar con los miembros de mi tripulación.

—¿Ahora?

—Sí.

—Quédate un poco más con Thala, terrestre —rogó la chica, cogiéndole la mano y colocándosela entre sus senos.

Kuter sonrió, mientras se los acariciaba.

—No podemos pasarnos todo el tiempo en la cama, Thala...

—¿Por qué no?

—¿Es que en Madox no hacéis otra cosa?

—El amor es lo más importante para nosotros, terrestre.

—Ya me doy cuenta, ya.

—Ámame otra vez.

—Luego, ¿eh?

La habitante de Madox compuso un mohín de tristeza.

—Si Thala te gustara más, no te marcharías.

—Thala me gusta una barbaridad, puedes creerme.

—Entre las mujeres terrestres debe haber alguna que te guste más que yo.

Stuart Kuter pensó rápidamente en Tamara Vlasova.

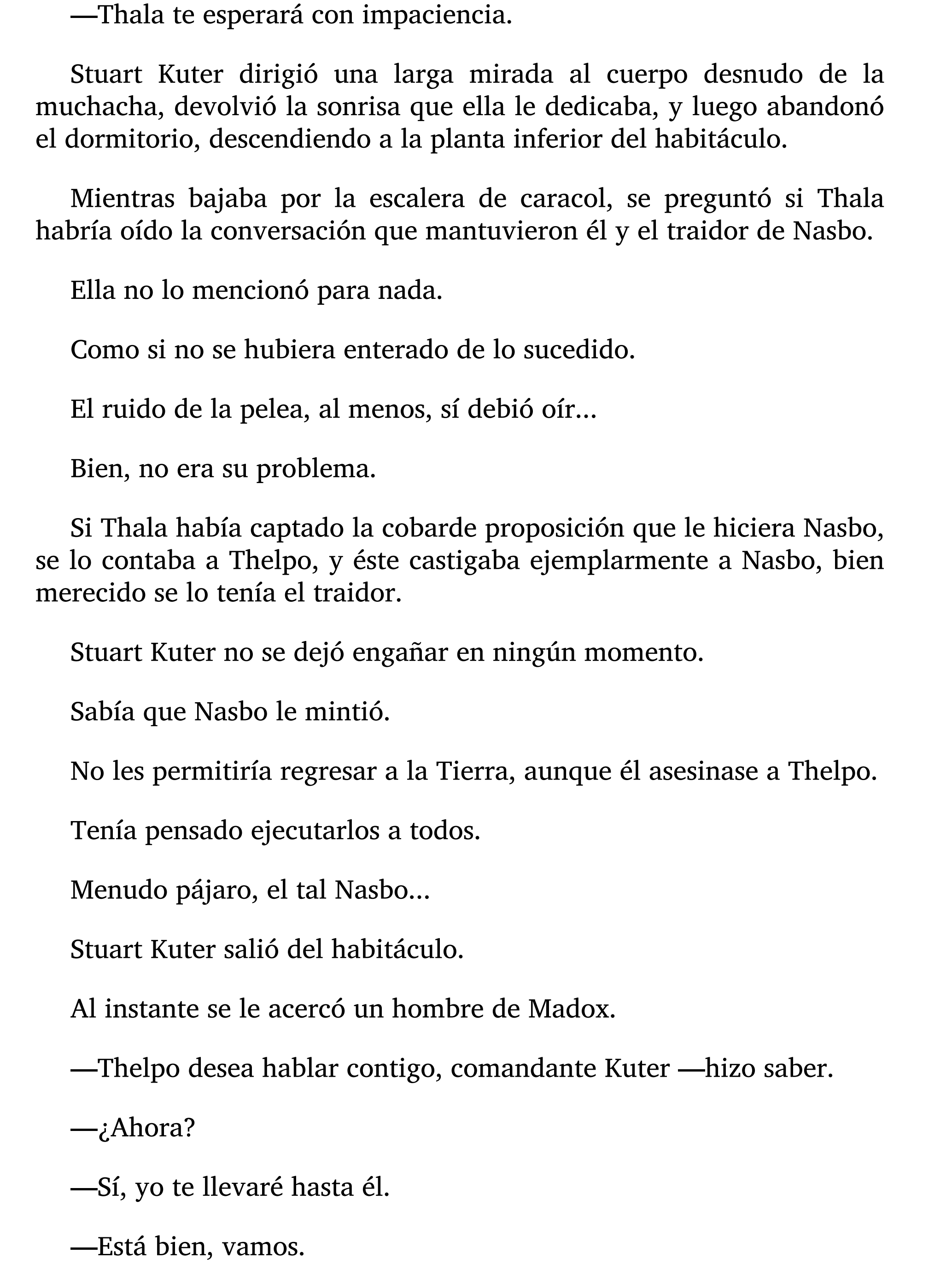
¿Se habría puesto ya una de aquéllas tentadoras túnicas?

Estaba deseando averiguarlo.

—La hay, ¿verdad? —inquirió Thala.

—No me gusta hacer comparaciones —sonrió Kuter, y la besó en los labios, poniéndose seguidamente en pie.

Se vistió como las gentes de Madox, tal y como le aconsejara Thelpo.



Thala incorporó el torso, quedando sentada en la cama.

—¿Tardarás mucho, terrestre?

—No creo.

—Thala te esperará con impaciencia.

Stuart Kuter dirigió una larga mirada al cuerpo desnudo de la muchacha, devolvió la sonrisa que ella le dedicaba, y luego abandonó el dormitorio, descendiendo a la planta inferior del habitáculo.

Mientras bajaba por la escalera de caracol, se preguntó si Thala habría oído la conversación que mantuvieron él y el traidor de Nasbo.

Ella no lo mencionó para nada.

Como si no se hubiera enterado de lo sucedido.

El ruido de la pelea, al menos, sí debió oír...

Bien, no era su problema.

Si Thala había captado la cobarde proposición que le hiciera Nasbo, se lo contaba a Thelpo, y éste castigaba ejemplarmente a Nasbo, bien merecido se lo tenía el traidor.

Stuart Kuter no se dejó engañar en ningún momento.

Sabía que Nasbo le mintió.

No les permitiría regresar a la Tierra, aunque él asesinase a Thelpo.

Tenía pensado ejecutarlos a todos.

Menudo pájaro, el tal Nasbo...

Stuart Kuter salió del habitáculo.

Al instante se le acercó un hombre de Madox.

—Thelpo desea hablar contigo, comandante Kuter —hizo saber.

—¿Ahora?

—Sí, yo te llevaré hasta él.

—Está bien, vamos.

—Thelpo quiere que vayas acompañado de Chris Lowell, tu segundo.

—Debe estar en su habitáculo, supongo.

—Seguro.

—Vamos, pues.

Stuart Kuter y el hombre de Madox se encaminaron hacia el habitáculo que Thelpo destinara a Chris Lowell.

El comandante de la*Vulcano* penetró en él, quedando fuera el habitante de Madox.

—¿Chris...?—llamó Kuter.

Lowell no le respondió.

Kuter ascendió a la planta superior.

Descubrió el traje espacial de su segundo tirado sobre la cama.

También el «slip».

Las botas yacían en el suelo.

Kuter miró hacia el bañe.

La puerta estaba cerrada.

Sonrió.

Chris debía estar bañándose.

Kuter se acercó al baño y llamó a la puerta.

—¿Chris...?

—¿Es usted, comandante.,.? —oyó decir a Lowell, aunque su voz sonó un tanto rara.

—Sí, soy yo. ¿Puedo pasar, Chris?

—Pues... —vaciló su segundo.

Kuter,intrigado, abrió la puerta y asomó la cabeza.

Sus ojos se agrandaron cómicamente al descubrir que Chris Lowell no estaba solo.

Una muchacha de Madox le acompañaba.

Se hallaban losdosen la amplia yoriginal bañera.

Completamente desnudos.

Enjabonándose mutuamente, al parecer.

Chris Lowell se veía muy nervioso.

La chica, en cambio, estaba la mar de tranquila.

Incluso sonreía.

—Se... se llama Onela... —balbuceó Lowell, apuntando con la pastilla de jabón aromático a la habitante de Madox.

—Un nombre muy bonito —sonrió socarronamente Kuter, repuesto ya de la sorpresa.

—Ella se empeñó en...

—No es necesario que me explique nada, Chris.

—Comandante,noquieroquepienseustedqueyo...

—Sospecho lo que ha pasado, no se preocupe. A mí me sucedió algo parecido —confesó Kuter.

Lowell respingó en la bañera.

—¿De veras, señor...?

Kuter asintió con la cabeza.

—Siento tener que interrumpir su baño, Chris, pero Thelpo quiere vernos a los dos.

—En seguida salgo, comandante.

Kuter cerró la puerta.

Casi al instante, Chris Lowell salía del baño, envuelto en una toalla.

También él se vistió como loshabitantesde Madox.

—Listo, comandante —dijo.

—Vamos —sonrió Kuter.

Descendieron los dos a la. planta inferior y salieron del habitáculo.

El hombre de Madox los condujo al habitáculo de Thelpo.

Apenas entrar en él, Stuart Kuter y Chris Lowell se quedaron paralizados por la sorpresa.

Thelpo yacía en el suelo, de bruces, y tenía una profunda herida en la cabeza.

Junto a él, se hallaban Nasbo y otros dos hombres de Madox.

Nasbo esgrimía una pistola de rayos «Láser».

Y no era esto lo peor, sino que en la otra mano tenía el valioso medallón de Thelpo.

CAPITULOXIII

El tipo que había conducido a Stuart Kuter y Chris Lowell al habitáculo de Thelpo, empujó a los terrestres violentamente, cuando ya la puerta se había cerrado.

El comandante de la*Vulcano* y su segundo casi cayeron al suelo.

Lowell se revolvió furioso, con intención de asestarle un puñetazo al individuo que los había empujado.

Kuter lo detuvo a tiempo y rogó:

—Calma, Chris. Nasbo empuña una pistola de rayos «Láser».

Lowell, que no sabía quién era Nasbo, ni lo que éste pretendía, exclamó:

—¿Qué diablos pasa aquí, comandante?

Kuter explicó:

—Nasbo quiere eliminar a Thelpo, para mandar él en Madox. Me propuso que lo eliminara yo, y como me negué, ha decidido eliminarlo él personalmente y cargarnos a nosotros el crimen.

Nasbo, en cuyo rostro se apreciabanclaramente las huellas dejadas por los duros puños de Stuart Kuter, sonrió desagradablemente.

—Lo has adivinado, comandante Kuter.

—¿Cómo lograste sorprender a Thelpo?

—Ya te dije que no sería tan difícil.

—¿Está muerto?

—No, sólo tiene un golpe en la cabeza. Pero muy pronto lo convertiré en cenizas con esta pistola. Una pistola terrestre...

—Ya me he dado cuenta.

—¿Vas a disparar sobre nosotros, también? —inquirió Lowell.

—Por supuesto. Debo vengar la muerte de Thelpo... —repuso cínicamente Nasbo.

—Sapo repugnante… —barbotó Kuter.

Los ojos de Nasbo destellaron.

—Cometiste un grave error, terrestre. Debiste matarme, en lugar de permitirme salir de tu casa.

—Sí, tienes razón. Si te hubiera aplastado la cabeza como a una serpiente, ahora no nos veríamos en esta situación.

—Es tarde para lamentarse, comandante Kuter.

—¡Todavía no, canalla! —rugió Stuart Kuter, saltando de forma prodigiosa sobre Nasbo, al cual derribó con gran violencia.

—¡A él, estúpidos! —bramó Nasbo en su lengua, mientras luchaba rabiosamente por impedir que el comandante de la *Vulcano* le arrebatara la pistola de rayos «Láser».

El medallón de Thelpo había escapado de su mano, en la aparatosa caída.

Los dos hombres que, junto con Nasbo, aguardaran en el habitáculo de Thelpo la llegada de su compañero con la pareja de terrestres, se dispusieron a caer sobre Stuart Kuter, pero fue Chris Lowell quien cayó sobre ellos, arrollándolos a ambos con la fuerza de un ciclón.

Se entabló una feroz pelea entre ellos.

El otro tipo, el que había conducido a Kuter y Lowell hasta allí, acudió presuroso en ayuda de Nasbo, quien no conseguía librarse del comandante de la*Vulcano.*

Lowell, que entre golpe y golpe lo vio llegar, estiró la pierna en el momento justo y le puso la zancadilla.

El habitante de Madox se pegó un batacazo de campeonato.

Stuart Kuter, consciente de que Chris Lowell no podría contener por mucho tiempo a los tres compañeros de Nasbo, le propinó un cabezazo a éste en la cara y le machacó la nariz.

Nasbo aulló como un lobo herido, mientras la sangre le manaba a chorros por los orificios nasales.

Kuter aprovechó aquel momento para arrebatarle la pistola.

Inmediatamente se puso en pie.

Con asombrosa agilidad.

Vio que Lowell lo estaba pasando mal con los tres habitantes de Madox, aunque se defendía bravamente.

Sin dudarlo un instante, Kuter apretó el gatillo.

Por tres veces.

Los tres hombres de Madox se desintegraron al ser alcanzados por el poderoso rayo «Láser».

—¡Cuidado, comandante! —gritó Lowell, apuntando con el brazo a Nasbo.

Stuart Kuter se revolvió como una centella.

Nasbo estaba a punto a coger el medallón de Thelpo.

Kuter accionó de nuevo el gatillo.

El traidor recibió el rayo «Láser» en la espalda.

En un instante, su musculoso cuerpo se convirtió en ceniza.

Nasbo ya no mandaría nunca en Madox.

Había tenido el fin que se merecía.

***

Stuart Kuter y Chris Lowell atendieron debidamente a Thelpo.

La herida que éste tenía en la cabeza no era grave, aunque sí sumamente dolorosa. .

Mientras Kuter se la vendaba con cuidado, después de haberla limpiado, Lowell, que tenía en sus manos el medallón de Thelpo, observó:

—Ahora tenemos la oportunidad de obligar a Thelpo a que nos autorice a abandonar Madox, ¿no, comandante?

—Olvídese de eso ahora, Chris —repuso Kuter.

Lowell esbozó una picara sonrisa.

—¿Qué pasa, ya no desea regresar a la Tierra, señor?

—Por supuesto que lo deseo. Pero aún no ha llegado la hora de intentarlo.

—Tenemos a Thelpo inconsciente, tenemos su medallón, tenemos una pistola de rayos «Láser»...

—Losé.

—Está bien, ya lo intentaremos cuando usted lo crea oportuno. Yo, lo confieso, tampoco tengo mucha prisa por abandonar este delicioso planeta.

—Sus deliciosas mujeres, querrá decir —sonrió Kuter.

—Eso.

—Es usted un bribón, Chris.

Kuter y Lowell rieron.

Pocos minutos después, Thelpo volvía en sí.

Al ser informado de todo por el comandante de la*Vulcano,* comentó:

—Nasbo era un ser ambicioso y ruin. Bien muerto está. Y los otros también.

Stuart Kuter le devolvió el medallón.

—Creo que esto es tuyo, Thelpo.

—¿Me lo devuelves...?

—¿De qué me serviría a mí, si no sé manejarlo?

—Impedirías, al menos, que pudiera manejarlo yo...

Kuter sonrió ligeramente.

—Estoy seguro de que no harás mal uso de él, Thelpo.

—Eres un hombre extraño, comandante Kuter.

—¿Por qué dices eso?

—Has tenido la oportunidad de…

—De salvar tu vida y la muestra, y eso hemos hecho —le interrumpió Kuter.

—Estoy en deuda con vosotros dos.

—Cuando estés dispuesto a pagarla, avísanos.

—¿Qué me pediréis?

—¿No lo adivinas?

—Que os permita regresar a la Tierra.

—Exacto.

Thelpo se mantuvo algo más de un minuto en silencio.

Meditando su respuesta.

Finalmente, sonrió y dijo:

—De acuerdo, podéis regresar a la Tierra. Pero recuerda lo que me prometiste, comandante Kuter.

Stuart Kuter sonrió con amplitud.

—No volverás a ver más astronaves terrestres, Thelpo, puedes estar tranquilo.

—¿Cuándo queréis partir?

—Lo antes posible.

—Bien. Reúne a tu tripulación, comandante Kuter. Y que el comandante Silov y el comandante Welbeck hagan lo propio con las suyas.

—En seguida.

Stuart Kuter y Chris Lowell abandonaron el habitáculo de Thelpo.

EPILOGO

Minutos después, las tripulaciones de la*Júpiter,* la *Neptuno* y la *Vulcano* se hallaban reunidas.

Stuart Kuter se fijó especialmente en Tamara Vlasova.

Parecía una diosa griega, con aquella cortísima túnica, que le permitía exhibir totalmente el seno izquierdo.

El resto de su tripulación también vestía como los habitantes de Madox.

Chris Lowell sólo tenía ojos para Stefanía Morelli, lo cual halagaba íntimamente a la atractiva italiana, aunque la ponía más nerviosa que un flan.

—Chris no deja de mirarte, Stefanía… —observó Tamara Vlasova, que estaba a su lado.

—Sí, ya lo he notado.

—Eso era lo que querías, ¿no?

—Sí —sonrió la italiana.

—En cuanto tenga ocasión, te confesará que está loco por ti.

—Ojalá.

—Lo hará, no lo dudes.

—Quien no te quita ojo a ti es el comandante Kuter, Tamara.

—Es cierto. Pero yo no me conformo sólo con eso, quiero algo más que miradas.

—Eres una chica muy atrevida —rio Stefanía.

—Soy una chica muy enamorada —repuso Tamara.

Stuart Kuter, después de informar a todos que Thelpo les permitía regresar a la Tierra, ordenó a los miembros de su tripulación que se cambiaran rápidamente de ropa y volvieran a reunirse allí.

Valeri Silov y Klaus P. Welbeck ordenaron lo propio a sus respectivas tripulaciones, las cuales obedecieron con menos entusiasmo que la de la*Vulcano.* -Era lógico.

Ellos ya llevaban algún tiempo en Madox, se habían hecho a la idea de quedarse allí para siempre, y, aunque les alegraba regresar a la Tierra, a su vez les apenaba abandonar aquel maravilloso lugar, donde en ningún momento habían sido tratados como prisioneros, sino que les habían colmado de atenciones.

—No se entretenga con Onela, Chris —advirtió Kuter, con una significativa sonrisa.

—Descuide, señor —carraspeó Lowell.

Stuart Kuter fue a su habitáculo.

La hermosa Thala le esperaba, claro.

En la cama, claro.

Desnuda, claro.

La chica se llevó una tremenda desilusión al saber que él y todos los demás terrestres regresaban a su planeta.

Kuter le dio un largo beso de despedida.

Thala hubiera deseado algo más que un beso, pero el comandante de la*Vulcano* tenía prisa y no pudo complacerla.

Instantes después, las tripulaciones de la*Júpiter,* la *Neptuno* y la *Vulcano* se hallaban de nuevo agrupadas, vistiendo ya sus ropas habituales.

Thelpo les devolvió sus armas.

Luego, utilizando su poderoso medallón, los trasladó en un abrir y cerrar de ojos a sus respectivas astronaves.

Minutos más tarde, la*Júpiter,* la *Neptuno* y la *Vulcano* despegaban de la vasta playa de rojiza arena.

No tuvieron ningún problema para abandonar el planeta.

El campo magnético no era natural, sino creado por Thelpo, y éste no lo hizo funcionar.

Al poco de haberse alejado del planeta, éste desapareció repentinamente.

Madox volvía a ser un planeta invisible.

Un planeta fantasma.

Gracias al poder de Thelpo, claro.

Las tres astronaves salieron de la denominada «área de peligro» y pusieron rumbo a la Tierra.

Stuart Kuter habló con el general Robertson, al cual informó de todo.

—La promesa que hizo usted a Thelpo será respetada, comandante Kuter, se lo garantizo —dijo Sean Robertson—. Ahora mismo voy a informar al presidente de la Confederación Terrestre.

—Gracias, general —sonrió Kuter, y cortó la comunicación.

Chris Lowell sugirió:

—¿Por qué no organizamos una pequeña fiesta a bordo, para celebrar nuestro feliz regreso a la Tierra, comandante?

—Excelente idea, Chris —aprobó Kuter—. Ocúpese usted de todo.

Media hora después, la fiesta era un hecho.

La tripulación entera reía, cantaba y bailaba alegremente.

Chris Lowell cogió de la mano a Stefanía Morelli y la sacó disimuladamente del puente de mando.

—¿Adónde me llevas, Chris? —preguntó la italiana.

—A mi camarote —respondió el segundo de a bordo.

—¿Para qué?

—Es el mejor lugar para decirte que me gustas con locura. Y para demostrártelo, claro.

El rostro de Stefanía Morelli resplandeció. -

—¿No me engañas, Chris…?

—Que me quede manco si miento.

—¡Oh, Chris, Chris! —exclamó la italiana, abrazándose a él.

Entretanto, Tamara Vlasova, que en aquel momento bailaba con Stuart Kuter, sonrió atrevidamente y recordó:

—¿Sabe usted que me debe un pellizco, comandante?

—Sí, es cierto —rio Kuter.

—¿Y cuándo piensa dármelo?

—Ahora mismo, si quiere.

—¿Delante de todos…? —observó maliciosamente Tamara.

—Tiene razón, no estaría bien. La llevaré a un lugar más discreto.

—¿Su camarote?

—Si usted no tiene inconveniente, claro.

—Ninguno.

—Vamos, pues.

Abandonaron el puente de mando.

Ya en el camarote de Stuart Kuter, éste abrazó a Tamara Vlasova y la besó ardorosamente en los labios, jugosos como fruta madura.

Después, la miró a los ojos y dijo:

—Antes de seguir adelante quiero decirte una cosa, Tamara.

—Soy toda oídos, comandante.

—Estoy enamorado de ti y deseo hacerte mi esposa en cuanto lleguemos a la Tierra.

Los ojos de Tamara Vlasova brillaron de felicidad.

—¿Qué me respondes? —inquirió Kuter.

—Que estoy a punto de desmayarme de alegría, comandante.

—¿Te importaría esperar unos minutos?

—¿Esperar? —pestañeó la muchacha.

—En desmayarte, me refiero. Antes tenemos que hacer algo muy importante.

—¡Comandante, que me voy a ruborizar! —rioTamara.

Pero pudo reír muy poco, porque la boca de Stuart Kuter se pegó otra vez a la suya.

Con más ardor aún que antes.

FIN